HEREDEROS DEL DESIERTO 2



RAÍCES de SANGRE

ANNE R. ABAND

Selecta

Raíces de sangre

SERIE
Herederos del desierto 2

Anne R. Aband

Selecta

Capítulo 1

Roto

Mateo

Ver a Noah, mi mejor amigo, enamorado hasta la punta del pie me revuelve el estómago, y no por él.

Entierro mis penas en la cerveza que Wyatt, el *bartender* de Darius me ha puesto sin decir nada. Puede que necesite algo más fuerte, pero no quiero joderle la tarde a nadie.

Noah ha pasado unos días regulares con lo de Juli aunque al final lo han arreglado y me alegro por ellos. Mi amigo, mi hermano, jamás había podido olvidarla y por lo visto, ella tampoco a él.

Además, ha tenido que pasar por un tema serio, a poco estuvo de que lo demandaran y tal vez le arruinaran la vida; por suerte, nuestro amigo Darius, el implacable abogado convertido en dueño de varios clubs, le ayudó. Descubrieron lo del proyecto falso y por fin todo volvió al lugar correcto. De hecho, ya han empezado las obras del corredor verde y los habitantes de Dusty Creek están felices de ver cómo está quedando.

Termino la cerveza y antes de que pueda decir nada, el camarero

me sirve otra. Mierda. ¿Tan predecible soy?

Él y yo hemos pasado años hablando de su tema con Julieta. Ambos somos diferentes a Logan y a Darius. Ellos son más fríos y su principal preocupación es amasar dinero y follar, y no siempre en ese orden.

En cambio, Noah y yo somos, según ellos, más blandos. Los primeros amores nunca se olvidan, le dije una vez, y disimulé, comentando que me refería a una historia pasada que terminó antes de empezar, incluso aunque en ese momento salía con Belinda.

Le dije a mi amigo que lo de Belinda no era muy serio y que no era el amor de mi vida. A ella se lo demostré. Cero compromiso. Tal vez no soy adecuado para tener una relación seria, de esas que duran para siempre, de las que te hace pensar en tu mujer desde que te levantas.

La última vez que estuvimos juntos fue para la fiesta de primavera. Vimos desaparecer a Noah con Julieta.

Belinda se acercó a mí, creo que con las mismas intenciones, pero le di largas. Luego, intenté ser amable con ella. Después de pedir perritos y encontrar una mesa, ella se sentó sobre mí. Comimos, bailamos y ella me dijo que estaba preparada para dar un paso más. Yo le dije que no.

—Como siempre, Mateo, sin comprometerte con nadie. Pues yo no quiero seguir así. Decídete.

—No me gustan los ultimátum, Belinda.

—Pues lo tomas o lo dejas. Quiero estabilizar mi vida, a ser posible contigo, pero si tú no quieres es fácil. Dímelo, pero no me hagas perder más el tiempo en una relación en la que solo yo pongo interés.

—No es eso, Belinda. Eres preciosa, inteligente, eres una mujer perfecta…

—Perfecta para otro, está claro. No para ti. No te implicas, Mateo. Y estoy harta. Me voy.

Y se fue.

Wyatt me ofrece otra cerveza, pero salgo del club para tomar el aire. No quiero beber más. Cuando veo que Noah aparca y sale del coche con Juli, entro y me dejo caer en la banqueta. Ella me mira y se excusa para ir al baño. Noah me mira, preocupado.

—Tienes mala cara, Tex.

—Belinda y yo hemos roto. O sea, no es que fuera la mujer de mi vida. Dijo que… que no me implicaba.

—Querría que dieras el paso, atraparte con un anillo —responde cínico Darius que se ha acercado a nosotros.

—Supongo que si la has dejado ir no estabas tan enamorado —comenta Noah. Asiento.

—Veros a Juli y a ti me ha hecho ver qué es el verdadero amor y lo que tenía con ella no era sino una relación cómoda, tranquila, con momentos de sexo. Pero no había esa pasión que veo en ti, Noah. O en ella.

—Estás siendo una mala influencia para todos —dice Darius serio. Noah se vuelve molesto.

—Si ser una mala influencia es mostrar lo enamorado que estoy, entonces sí. ¿Y Logan? ¿No viene a comer?

—Tenía un viaje. Vuelve en una semana, aunque está algo tenso. Le hará falta sexo —dice Darius.

—Joder, tío. ¿Todo lo arreglas así? —pregunto molesto. Él se yergue y mira a Noah.

—Es lo único verdadero. Sí, veo que tu chica y tú os queréis y debéis follar mucho, y eso es lo que da coherencia a una pareja.

—Yo no creo en eso —dice Noah molesto—. Si supieras las horas

que pasamos hablando de todo. Es algo especial, como si el mundo fuera correcto.

—Tonterías —dice alejándose de mal humor. Me vuelvo hacia él.

—No se lo tengas en cuenta. Está jodido con ese tema de la demanda que no quiere contarnos. Me encantaría encontrar a alguien así, Noah. Alguien como tu chica.

—Lo harás. Eres un gran tío. A Juli le caes muy bien, dice que eres muy guapo y buena persona. Además te dejas la piel en tu trabajo, no sé. Muy tonta tiene que ser una tía para no darse cuenta de eso.

—Creo que Belinda quería casarse. Se ha marchado a Pasadena, porque según ella, lo único que la retenía aquí era yo. Y ni siquiera pude hacerlo.

—¿Quieres ir a por ella? Ve.

—Ese es el problema. Que, de alguna manera, me he sentido aliviado de que ella diera el paso.

—Entonces, no era amor.

—No. No lo era.

—Pasar por varias relaciones es normal, tío.

—Tú has acabado con tu primer amor.

Se ríe y asiente. Lo miro de lado.

—Yo… tuve una relación hace años, acababa de cumplir treinta y tuve que estar un par de meses en Alabama. Cuando volví, por la fiesta de primavera, conocí a una chica, pero ella se fue. Puede que no me lo tomara en serio, pero a veces me acuerdo.

—¿Y no sabes nada?

—Sí, se casó. O sea, a los dos años o así vi en sus redes una fotografía de su boda. Son trenes que pasan y que si no los coges, se marchan para no volver.

—Sí. Casi pierdo a Juli. Escucha, Tex. Si vuelve a presentarse un

tren o una oportunidad, no la cagues y lánzate a por ella. No eres un tío de solo sexo como nuestros amigos. Sé que te gustaría tener una relación más estable.

—Sí. E hijos. Deseo con todas mis fuerzas llenar el rancho de niños. Mis padres ya son mayores y quiero que tengan nietos.

—Joder, no le digas eso de buenas a primeras a una mujer o se largará.

—Lo sé, lo sé…

Darius sale. Han montado una fiesta para el cumpleaños de Juli y creo que Noah le va a pedir que se case con ella. Y hará bien. Llegan el resto de los invitados y me levanto a saludarlos mientras la parejita feliz se reúne.

Y sí, como sospechaba, se ha declarado y ella ha dicho sí. Es una alegría, el primero de los cuatro que se enamora de verdad, que se compromete y eso me da cierta esperanza. No por Darius o Logan, esos dudo mucho de que caigan, sino por mí.

La fiesta acaba pronto, al menos para mí. Ya no he bebido mucho más, tenía que conducir hasta el rancho. Fundado por mis padres hace cuarenta años, yo lo he hecho crecer hasta lo que es ahora, un gran negocio de cría de caballos, con grandes pastos que también vendo y una parte dedicada a las vacas Black Angus, carne de calidad suprema, y, aunque nos costó un tiempo que criaran, ahora tengo un buen grupo de ellas.

Me acuesto en la cama. Mi padre se ha levantado al verme, pero como estoy bien, no ha dicho nada. Saben que he roto con Belinda y solo me dieron un abrazo. No es fácil encontrar a una mujer que quiera vivir en un rancho, aunque sea como el mío, con todo tipo de lujo y facilidades. Pero estamos a casi una hora de la ciudad, en un lugar bastante apartado, rodeado de rudos empleados que trabajan mucho. Y lo peor, yo soy el que primero entra y el último que se va.

Es normal que no pueda comprometerme con ninguna mujer. O que alguien piense, siquiera, en vivir aquí. Imposible.

Capítulo 2

Volver al pasado

Amelia

—¿Qué vamos a hacer para vacaciones, mami?

Miro con amor a mi pequeño Cris que ya se ha recuperado. He tenido que coger unos días libres porque mi madre está de vacaciones y, desde luego, mi hermana siempre suele estar ocupada. No lo han podido cuidar.

Cris ha tenido tanta fiebre que en algún momento deliraba. Sonrojado, congestionado y con los ojos vidriosos, ha estado llamando a su papá. A pesar de no conocerlo. A pesar de que solo le había dicho que vivía muy lejos. Siempre preguntaba, sobre todo, desde lo de Walter.

Lo he buscado en Internet. Ahí está. Tan atractivo como recordaba. Suspiro al verlo. Cuando lo conoció, le contó que trabajaba de sol a sol. Y se notaba que su anchura de hombros y sus brazos con la camisa remangada hasta el antebrazo, eran de trabajar. Sonreía con un sombrero Stenson, montado a caballo, y esa foto tenía miles de comentarios bastante subidos de tono. Puede

que si estaba casado, a su esposa no le gustasen. A mí me hacían gracia.

Y, de todas formas, estamos a unas tres horas de Dusty Creek. No haremos nada malo si nos acercamos. Desde que murió Walter, mi esposo, Cris había atado cabos. Él era rubio, Walter era de piel muy oscura. Tuve que decirle que no era su papá real, aunque él siempre lo tratase como a un hijo.

¿Por qué siempre le pasaban cosas malas?

—¡Mami! ¡Que te duermes!

Sonrío y le hago cosquillas.

—Iremos de excursión a un sitio donde tienen muchos caballos, es un pueblo pequeño que conocí hace años, cuando me fui con tu tía y las mochilas.

—Yo quiero eso también, mamá. Un día me iré con una mochila a viajar por el mundo.

—Hasta los veintiuno, nada. Mientras, haremos las bolsas y nos iremos. Llamaré a la tía Eva para que pase a regar las plantas.

—La tía está muy ocupada desde que es… eso que no me sale.

—Lo sé, cariño. Ve a preparar tu mochila, quizá para dos días. Luego la revisaré. Y haz la maleta también para Gordito.

—Mamá, por favor, ya soy mayor. Y Gordito se va a poner muy contento de irse de viaje. ¿Verdad?

Acaricia el pelaje oscuro y corto del perro de raza indeterminada que hemos adoptado hace unos meses. Le había puesto ese nombre porque aunque no estaba con sobrepeso, era como una aspiradora, todo lo que caía al suelo acababa en su boca y si no, se sentaba mirando con pena a la mesa. Por mucho que intentaba que Cris no le diera nada, era imposible. En cuanto se volvía, ya le estaba dando comida. Una batalla perdida.

Revuelvo su cabello rubio, Cris me mira mal y se va,

repeinándose. No puedo evitar reírme. Cada día se parece más a él y lo sé, porque fue poco tiempo, pero intenso. Cojo el móvil para llamar a mi hermana.

—¿Eva? ¿Estás ocupada?

—Siempre estoy ocupada, ¿ocurre algo?

—No, voy a viajar a Dusty Creek. Creo que es el momento.

—Es una muy mala idea. Mala de verdad. Y no puedo acompañarte, voy liada.

—No es necesario, de verdad. Sé que tu experiencia allí tampoco…

—Y la tuya, menos. Nena, no puedes ir a revolver ese nido de serpientes.

—Mateo no es una serpiente, nunca lo fue. Puede que Darius…

—Ni me lo nombres. Haz lo que quieras. Pero no te quedes mucho. ¿Se lo has dicho a Cris?

—No. Solo le he comentado que vamos de excursión, por si no funciona.

—¿Y qué? ¿Te vas a presentar allí delante del granjero y le vas a decir, oye, tenemos un hijo, pásame una pensión?

—Joder, Eva, eres muy cínica. No quiero pensión, me vale con lo que gano y no es un granjero, sino ranchero.

—Ya. Un cowboy. Haz lo que quieras, como siempre has hecho, pero luego no me vengas llorando.

—A veces eres insoportable.

—Soy tu hermana mayor, tengo que cuidarte. Llámame en cuanto llegues y llámame también si tengo que ir a buscarte e ir a patear culos.

—Señora fiscal, parece mentira que diga usted eso —contesto riéndome.

—Ya sabes que tengo un lado muy oscuro. Ten cuidado y no… no

te impliques con él. Te quedaste muy colgada y gracias a dios que apareció Walter, y ahora, otra vez sufriendo y, joder, Mely, no quiero que lo pases mal. En serio.

—Lo sé. Sé que lo haces por mí, pero yo siento que es lo correcto, que Cris tiene derecho a conocerlo y él tiene derecho a saber que tiene un hijo. Era un hombre bueno y tal vez salga con alguien. Solo es eso, Eva. De verdad.

Ella bufa a través del teléfono.

—Vale. Llámame un par de veces todos los días o mándame un mensaje en horario laboral. Por la noche, quiero informe completo.

—¡Oye! Que no soy uno de tus empleados.

Su hermana se echa a reír.

—Mucho poder conlleva mucha responsabilidad. Te quiero, florecilla.

—Y yo a ti.

Cuelgo con una sonrisa. Mi hermana es dura de pelar. Ha conseguido ascender a fiscal a pesar de las zancadillas que le han puesto. Una mujer atractiva y extremadamente inteligente no gusta a todo el mundo.

Yo, en cambio, soy más creativa. Trabajo con diseños de productos, de marcas y no me va nada mal. Además, la mayoría de las veces puedo hacerlo en casa. Mi jefa en eso es muy conciliadora. Da buenas oportunidades a todas sus empleadas. Algo que es inusual, por no decir casi imposible.

Me acerco a la habitación de mi hijo. Ha sacado ropa para dos semanas y entre los dos, muchas risas y ladridos de Gordito, además de su obsesión por los calcetines que tenemos que esconder, preparamos dos maletas pequeñas. Puede que tengamos que quedarnos cuatro o cinco días. No me acercaré al club de Darius, eso lo tengo claro, aunque nunca se había fijado en mí demasiado,

sino en mi hermana, pero no tengo ganas de ver a ese imbécil. Acabamos mal.

Una vez que cerramos todo, nos montamos en mi cómodo SUV. Cris está emocionado y canturrea. Incluso yo me uno. En el fondo estoy demasiado nerviosa por verlo y, sobre todo, por la reacción que pueda tener. Eso sí, le dejaré claro desde el primer momento que no quiero nada de él, ningún tipo de compensación económica. Solo le ofrezco poder acceder a Cris, porque es un hombre bueno y tanto él como mi hijo se merecen conocerse.

Sonrío mientras Cris le cuenta una historia a Gordito. Es un perro pequeñajo y con los ojos algo desviados. Nadie lo quería y sin embargo, los tres nos enamoramos. Creo que nunca he visto a mi hijo sonreír tanto.

Ojalá todo salga bien. Solo pido eso. Por una vez.

Capítulo 3

Fantasmas del ayer

Mateo

Hemos quedado en el club. Noah también acude y Darius empieza a tocarle las narices nada más verlo.

—¿Te ha dejado salir tu chica?

—Joder, Darius. Primero, no tiene por qué dejarme o por qué no hacerlo. Y, además, le tocaba guardia este fin de semana.

Darius se ríe de forma irónica, pero no dice nada y se marcha a su despacho. Sigue liado con sus cosas, por mucho que no diga nada.

Wyatt nos sirve dos cervezas y unas patatas fritas. Lo cierto es que estoy hambriento. Me he levantado a las cinco para poder acabar todo el trabajo y poder escaparme a la hora de comer.

—No le hagas ni caso. Está más raro de lo normal. ¿Así que bien con Juli? ¿Ya habéis pensado en cuándo será la boda?

—No. Pero no tardaremos mucho, ya no la dejo escapar.

Ambos reímos y doy un trago largo a la cerveza. Sé que últimamente estoy tomando alguna de más. Puede que me haya

afectado que Belinda se haya ido, pero ni con esas quiero llamarla. No. No es la correcta.

—¿Mucho trabajo?

—Lo de siempre o más, con el rodeo de la semana que viene.

—Pero no vas a montar. La última vez casi te rompes la crisma.

—No pensaba. Viene un jinete especializado para ello. Lo de subirme a caballos salvajes pasó a la historia. Pero habrá buen ambiente y este año han nacido ocho potrillos muy viables.

Noah silba.

—Eso es mucho dinero.

—Mucho. Y me gustaría comprar los terrenos al sur de mi rancho. Los que dan al río Destiny, así las vacas tendrían agua fresca.

—Harás bien. ¿Ha regresado Logan?

—Sigue volando. Si no fuera por Bianca, su negocio se iría al carajo.

—Él la sacó de la ruina. Y son amigos —dice Noah. Levanto una ceja.

—¿Solo amigos?

—Ni idea. Desde luego, si son algo más, él no es fiel.

Darius nos llama y nos sentamos a comer en una de las mesas del reservado. Sonríe como si fuera a darnos una buena noticia.

—He comprado el hotel de Dusty Creek. Me estoy expandiendo.

—¿Para qué comprar un edificio que se cae a pedazos?

—Justamente para tirarlo del todo. Está en el centro y quiero hacer un hotel de lujo, con spa y gimnasio, una azotea con vistas al cañón, todo eso.

—¿Y la gente normal que viene a alojarse? —pregunta Noah. Darius lo mira con indiferencia.

—Alguien verá la oportunidad y alquilará habitaciones. O hará

alguna pensión barata.

—Joder, que estamos a punto de comenzar el rodeo. Habrá habitaciones reservadas.

—Es posible que espere a que acabe el rodeo, depende de cómo me levante. Me da igual devolverles el dinero. Quiero tenerlo antes de que acabe el verano, ya he contratado la empresa que lo va a demoler.

—Joder, ¿y la alcaldesa está de acuerdo? Ese hotel lleva en el pueblo ochenta años, quizá más.

—A la alcaldesa le conviene que la ciudad crezca. Tiene la mente abierta. Mejorar la ciudad significa más votantes contentos. Y gracias a que el cañón sigue siendo un atractivo turístico ya que no metiste tus zarpas allí.

—Nunca lo pensé, Darius. Estás haciendo el cabrón por algún motivo o solo es que hoy no has follado.

Me echo a reír cuando a nuestro amigo se le cambia la cara.

—He visto un fantasma del pasado, nada más.

Se levanta y se marcha, ni siquiera toma postre o café. Nos miramos, sin saber qué le pasa y puesto que no parece volver, nos levantamos y nos vamos. Salimos a la calle principal, y nuestros pasos nos llevan al hotel que quiere derribar Darius.

—No sé qué pensarás, pero no me gusta que lo derribe —digo a Noah—. Ha estado aquí por mucho tiempo y no sé si tiene algún valor artístico, pero joder, es una institución, donde se han hecho los bailes toda la vida, y además, ¿dónde se alojarán los ganaderos, o los familiares, o cualquiera que venga de paso? Porque seguro que el nuevo barato no será.

—No, no lo creo. Tampoco lo entiendo, Tex. ¿Para qué quiere crear un hotel de lujo en un pueblo tan pequeño como el nuestro? Excepto el cañón, no hay nada y la mayoría de la gente que viene

son excursionistas o ecologistas, no millonarios.

—Yo creo que el pueblo se le queda peque… —miro a la mujer que está saliendo del hotel, va con un niño y un perro extraño. No… no puede ser. ¿Es ella?

Capítulo 4. Y de repente, ahí está

Capítulo 4

Y de repente, ahí está

Amelia

No quería verlo y nada más entrar en el hotel, me lo encuentro de narices. Él se me queda mirando con odio.

—¿Qué haces aquí, Amelia Calderón? ¿Ha venido tu hermana?

—Ahora soy Amelia Vega y no, no ha venido. Estoy de paso con mi hijo.

Mira al chico con curiosidad. Luego vuelve a mi cara, sonrojada y acalorada por deshacer el equipaje, y sonríe con esa cara que dan ganas de abofetear. No sé cómo mi hermana pudo ni mirarlo.

—Espero no verte mucho. Qué pena que te alojes en *mi* hotel. Supongo que no te quedarás aquí mucho tiempo. ¿Por qué has venido?

—No te importan nada mis razones. Y no sabía que era tu hotel. Buscaré otro.

—Pues suerte, porque no hay nada en esta ciudad. Tranquila, puedes quedarte, de momento.

Sale por la puerta como si fuera un príncipe y aprieto los puños.

Cris me estira de la camiseta.

—¿Quién era ese señor?

—Un imbécil. Ni caso.

—Me suena su cara.

—Es de lo más corriente. Olvídate. Vamos a comer una hamburguesa, si no recuerdo mal, en esta misma calle había un restaurante buenísimo.

Salimos de la mano. Gordito va caminando, olisqueando todo y llevo su mochila para meterlo dentro si entramos en algún lugar. En el hotel no me han dado problemas. Mientras Cris parlotea, me pregunto por qué Darius tiene ese hotel. Que yo sepa, regentaba el club porque su hábitat era la noche.

La hamburguesería sigue abierta y nos dejan entrar a Gordito si lo metemos en la bolsa. Por supuesto que lo hacemos, está acostumbrado y sabe que se llevará alguna cosa. Pedimos una gran hamburguesa con patatas. Quiero reunir el valor para ir a su rancho, tal vez mañana y hablarle. En el hotel me han dado un mapa y sí, el rancho Navarro sigue funcionando.

En realidad, estoy muerta de miedo.

—Entonces, ¿has estado aquí?

—Sí, vine hace unos años con la tía Eva. Estuvimos para la fiesta de la primavera y nos quedamos para el rodeo.

—¿Qué es un rodeo?

Le explico lo de los caballos salvajes que doman y parece fascinado. Me pide más información, aunque no puedo dársela, pero busco unos vídeos en el móvil y me quedo pálida. Es una entrevista a Mateo, del año pasado, creo. Está condenadamente atractivo. Paso el vídeo y lo veo subirse a un caballo. Todo va bien hasta que se cae de lado y doy un grito que asusta hasta a Cris. Por suerte, luego lo enfocan y ven que está bien. Respiro aliviada.

—Este señor es un vaquero, ¿no?

—Bueno, según tengo entendido, vaquero es el que cuida a las vacas y cowboy el que maneja el ganado, monta a caballo. Y luego están los rancheros, que son los propietarios de los ranchos. Pero no soy experta.

—Me encantaría ir a un rancho, mami. ¿Aquí hay?

—Es posible que mañana vayamos a uno, conozco a algunas personas. O las conocía.

Cris aplaude y después de pagar la cuenta, nos marchamos, descansamos y volvemos a salir porque Gordito tiene ganas de hacer pis. Hace mucho calor y la calle está muy tranquila, pero he visto un parque con columpios, rodeado de frondosos árboles. Al menos, no pasaremos tanto calor. Caminamos hacia allá y mientras el perro olisquea todo, Cris se monta en el columpio y yo me siento en un banco a la sombra, donde no los pierdo de vista.

Noto una presencia detrás y me giro deprisa. No puede ser.

—Mateo. ¿Cómo…? ¿Tú aquí?

—Hola, Amelia. Creo que eres tú la que no está en su casa.

—Estamos… de paso.

—¿De paso alojados en el hotel?

—Sí. De paso, Mateo. Solo nos quedaremos unos días. Quería enseñarle a mi hijo la zona. El cañón. Eso.

Mateo alza la mirada y localiza a Cris que está jugando con el perro, tirando una rama, pero Gordito no entiende lo que tiene que hacer. Se sienta a mi lado.

—No contestaste a mis mensajes. Nunca, Amelia.

—Estuve enferma cuando… cuando volví. Mi hermana me cuidó y luego, no tenía sentido. Yo tenía mi trabajo, tú tu vida y tu rancho… estuvimos solo unos días…

—Ya. Unos días —dice mirando al infinito, pero luego vuelve a

Cris, que se gira y saluda alegre. Da un respingo. Joder, no es tonto, lo va a adivinar.

—Tenemos que irnos. Ha sido una mala idea volver. Lo siento.

Me levanto y él detrás. Me toma de la mano.

—¿Sigues casada?

—No. Murió. ¿Cómo lo sabes…?

—Algún día te busqué. Algo estúpido por mi parte. Yo…

Cris se acerca y mira a Mateo. Dios santo, la persona que los vea juntos lo adivinará al instante. Empiezo a morirme de miedo. No ha sido buena idea.

—Tú eres el señor del caballo. Mamá me enseñó un *rodero.*

—Un rodeo. Sí, monto a caballo. Y tengo un rancho, ¿te gustaría visitarlo?

—¡Sí! —exclama emocionado. Me giro hacia Mateo.

—Creo que no es una buena idea. Igual nos marchábamos mañana.

—¿Huyes de nuevo? —pregunta él en voz baja. Niego, temblorosa—. Mañana os recojo a las diez en la puerta del hotel.

Se marcha sin decir nada más y me dejo caer en el banco. Cris tira una rama al perro y este parece ir a olisquearla. No tenía que haber vuelto. Podría irme esta misma tarde, supongo. Aunque… puedo quedarme. Me siento fatal. El móvil me da un susto.

—Mely, imagino que has llegado porque no me has enviado ningún tipo de mensaje, y mira que te lo advertí. Me ha faltado poco para coger el coche y presentarme allí.

—Estamos bien. Hemos ido a comer a la hamburguesería y… lo he visto. Ahora.

Chasquea la lengua.

—¿Le has dicho algo?

—No, estaba en *shock*. Sigue siendo un hombre muy atractivo y

yo… no he podido, pero Cris ha dicho… y al final nos recoge mañana para ir al rancho.

—Te has explicado fatal, pero siempre que hablas de él dices tonterías. ¿Has visto al indeseable?

—Oh, sí. Ha comprado el hotel. Le ha faltado poco para echarme. Y ha preguntado si habías venido.

—Pss… Será para preguntarme por sus asuntos turbios, que los tiene. Investigaré lo del hotel, para ver si tiene algún tipo de proyecto. Este cabrón no compra porque sí.

—Está muy viejo, necesita una restauración, pero no creo que lo haya comprado para eso.

—Yo tampoco. Te digo algo. Y haz el favor de enviarme un mensaje de vez en cuando. Llámame cuando vuelvas del rancho y en general mantenme informada o avisaré al sheriff.

—¡Eva! No seas así. Ya te llamaré. Vale. Me voy con Cris.

—La tía es muy *preocupadora*, ¿no?

—Sí, cariño. ¿Estás contento de visitar un rancho?

—Me gustaría llevar un sombrero vaquero. ¿Crees que ese señor me dejará uno? ¿Y lo conocías? Me parece que sí.

—Sí, lo conocí hace años. Es una buena persona, de fiar. Por eso podemos ir con él tranquilamente.

Las ramas se mueven y me giro, pero no hay nadie. Caminamos de nuevo hacia el hotel, porque hace mucho calor y porque necesito un poco de tranquilidad. Gordito lleva muy ufano una rama el doble de larga que él y tenemos que negociar con una chuchería para que la deje en el parque.

Volver está siendo algo caótico y a la vez, verlo de nuevo, me ha revuelto desde la cabeza a los pies.

Capítulo 5

Demasiadas dudas

Mateo

¿Cuántos años tiene el niño? Joder, es que tiene la misma marca cerca del ojo que mi padre. No… no puede ser. Debo averiguarlo. Me quedo tras un árbol como un puto acosador y los escucho hablar. Ella habla con su hermana, por lo visto, pero no es su conversación la que me interesa, sino el niño. Es de cabello rubio y ojos azules. No me cuadra. La foto de la boda… el marido era de piel muy oscura. O puede ser que lo adoptaran. Pero…

Y de repente la escucho.

—Sí, lo conocí hace años. Es una buena persona, de fiar. Por eso podemos ir con él tranquilamente.

Me aparto de golpe, golpeándome con una rama. El corazón me late demasiado fuerte, así que me alejo rápido, respirando agitado. ¿Qué cojones está pasando?

Conduzco hasta el rancho de Noah, no sé si estará con Julieta, pero necesito hablar con él y no con Darius. Aparco. Están sentados en el porche, con su hermana y su futuro marido. Al verme, Noah se

levanta rápido.

—¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo? Me has dejado preocupado cuando te has ido deprisa. Es como si hubieras visto un fantasma.

—Puede que sí. ¿Tienes un minuto?

—Claro, hombre.

Saludo con una mano a los demás y caminamos hacia un bosquecillo. Nos sentamos en un balancín y estoy buscando cómo contarle mis sospechas. Él está callado, esperándome.

—Creo que tengo un hijo —digo y se sobresalta.

—A ver, explícame eso un poco más.

—Hace unos seis años, no sé si te acuerdas, vinieron a la fiesta de la primavera un grupo de chicas, entre las cuales había dos hermanas.

—Hace seis años me parece que me fui de viaje.

—Ah, sí, cierto. El caso es que estas dos hermanas se quedaron unas semanas. Eran de esas chicas que van con la mochila, ¿sabes? No diría que me enamorase, pero ella me gustó mucho. Amelia. Y cuando se fue, me quedé mal. La llamé, le escribí algunos mensajes, pero cuando no me contestó, ya me di cuenta de que no le interesaba.

—¿Es ese amor del pasado que me dijiste?

—Quizá amor era decir demasiado. Pero ha vuelto y tiene un crío. Diría que la edad corresponde. Si lo vieras… es igual que yo. ¡Mierda!

—Tranquilo, Tex. Primero, no sabes si el crío es tu hijo. Y segundo, no sabes qué intenciones tiene. Lo mismo te quiere sacar la pasta. Podemos averiguar algo sobre ella si sabes el nombre.

—Sí, la encontré hace tiempo. Se casó y me ha dicho que es viuda. Amelia Vega. Me harías un favor, porque yo no sé qué pensar.

Saca el móvil del bolsillo y lo buscamos. Me enseña una foto.

—¿Es ella?

—Sí, ella.

—Vaya, trabaja en una consultoría y por las fotos de Instagram no parece que le vaya mal. Pero quién sabe. La gente sube una vida perfecta a redes sociales y luego no es cierto.

—He quedado con ella mañana a las diez. Los llevo al rancho y le preguntaré a qué ha venido. Parecía bastante… indecisa.

—¿Quieres que acudamos, así por casualidad? Juli tiene un ojo clínico para los estafadores, ya sabes.

—Sí, acudid a comer. Gracias, Noah.

—De nada. Iremos sobre las doce, ¿te parece?

Le doy un abrazo a mi amigo y, aunque me invitan a una cerveza, los saludo pero me voy al rancho. Mis padres andan arreglando el jardín. Yo nací cuando ya no me esperaban, así que ellos rondan los setenta. Se alegran al verme.

—¿No habías quedado con tus amigos?

—Sí, he estado con ellos, pero la verdad, me he acordado de que Osiris se pondrá pronto de parto.

—Y para eso pagas a un veterinario de guardia, Mateo —riñe mi madre. Le doy un beso y después de cambiarme con ropa de faena, me acerco a las cuadras. El veterinario está allí, hablando con un par de empleados. Acaricio la barriga de una de mis yeguas favoritas. Tengo mucha fe en ella. Relincha suave, pero me deja acercarme.

—Está a punto, Tex. Para el lunes tendrás tu potrillo.

—Avísame con lo que sea.

Después de darme una vuelta por el rancho, entro en casa. Mis padres andan preparando la cena.

—Por cierto, he invitado a una amiga y a su hijo mañana. Supongo que se quedarán a comer.

Mi madre se vuelve con los ojos brillantes.

—¿Una amiga?

—Sí, mamá, una antigua conocida, nada más. No empieces a pensar cosas raras. Me voy a la ducha.

—Espera, dices que viene con su hijo, ¿de qué edad?

—Unos cuatro o cinco años, no lo sé. Hacía mucho que no la veía. Me la encontré de casualidad.

—Está bien. Haré pasta, a todos los niños les encanta.

—Buena idea y ahora, ¿puedo ducharme?

—Estás en tu casa —dice mi padre y ambos se miran y se echan a reír.

Ellos tienen una pequeña casita bajo los árboles, a cinco minutos de mi casa. Dijeron que no querían molestar. Cuando estaba con Belinda, no solían aparecer, para darnos privacidad. Ahora que estoy solo, se pasan el día aquí. No me molesta, en realidad, siempre fue su casa.

Me doy una ducha y me miro en el espejo. ¿Qué pensará de mí Amelia? Es cierto que hace seis años no estaba tan fornido, acababa de terminar la universidad y no trabajaba tanto como ahora.

Me visto, sin saber qué pensar. Esos días fueron muy especiales. Dejamos a su hermana colgada, lo sé, pero no pareció importarle. Nos escapábamos a pasear a la luz de la luna. Incluso acampamos en el cañón. Ella tenía veintisiete, yo treinta. No éramos críos y sabíamos lo que hacíamos. Pero supongo que para ella solo fue una experiencia. Todavía no sé qué fue para mí.

Bajo a cenar y pasamos una buena velada, incluso con el interrogatorio de mi madre. Por supuesto, no le digo que tal vez, solo tal vez, conozcan a su nieto muy pronto.

Capítulo 6

La verdad

Amelia

Casi no he pegado ojo. Además, a Gordito le ha dado por mordisquear los muebles. Se pone nervioso cuando lo sacamos de casa y he acabado subiéndolo en la cama. No es algo que le permita a mi hijo, pero si no se tranquiliza, nos volverá locos.

Después de desayunar, salimos a pasear los tres. Es pronto y aprovecho para mirar algunos escaparates. Volvemos caminando al hotel y a Cris se le escapa la correa. Gordito sale ladrando y va a cruzar la calle. Grito, aterrada y entonces veo que alguien sale del coche, lo coge y de dos zancadas, lo devuelve a la acera.

No alguien. Él.

Cris va corriendo y riñe llorando al perrito, que lame su cara. Miro pálida a Mateo, temblando.

—Gracias.

—Me parece que es un perrito muy travieso, ¿no? —pregunta a Cris agachándose. Él asiente, aguantando las lágrimas—, en mi rancho hay otros perros, se los presentaremos y que le enseñen a

comportarse.

—¿Lo harán? ¿Y cómo se llaman?

Cris parece más tranquilo. Mateo sonríe y mi corazón late desacompasado.

—No son unos nombres muy originales, Sol y Luna. Ella va a tener perritos en unas semanas.

—Ohhhh, ¿puedo verla? Mami, ¿podemos?

—Para eso he venido, para enseñaros el rancho —dice mirándome. Asiento. Hoy lleva una camisa verde claro, remangada, vaqueros y botas. Y sí, el cabello repeinado. ¿Cómo se puede heredar esa manía?

—Vamos entonces. Gracias, Mateo. Gracias por todo.

—Quizá luego podamos hablar un momento, Amelia. Si te parece bien.

—Claro.

Nos montamos en el enorme coche y Mateo sujeta bien a Cris, haciéndole una carantoña. Oh, sí, lo sabe. Joder. El niño sonríe y meto a Gordito en su bolsa para poder sujetarlo. Una vez que me siento, enciende el coche.

—No ha cambiado mucho la ciudad.

—No mucho. Algunos comercios nuevos, pero la mayoría son los de siempre. Seguimos un poco estancados, por decirlo así.

—¿Tú también? ¿No te… has casado?

—Tuve una relación que se acabó.

—Yo me casé, pero murió. Un accidente.

Asiente y sigue conduciendo. Miro por la ventana mientras la suave brisa mueve mi cabello. Cris no se pierde detalle del paisaje. Cuando llegamos al enorme arco, Mateo se para y se gira para mirar al niño.

—Aquí empieza mi rancho, Cris. Verás que es bastante extenso,

con caballos y vacas. Son de los grandes, así que no te asustes, porque son pacíficos y cariñosos. Pero no te acerques nunca por detrás, para que no se sobresalten. ¿De acuerdo?

Al volverse, se ha acercado un poco a mí y puedo ver su rostro recién afeitado y con un suave olor a colonia. La mandíbula cuadrada es perfecta y su camisa, un poco abierta, me muestra sus pectorales. Recordaba que no tenía mucho vello, y al pensar en cómo lo recorrí con mi lengua, me giro deprisa, sonrojada.

—De acuerdo, señor —dice y Mateo sonríe.

Vuelve a arrancar el coche. A lo lejos está la casa. Solo la visité una vez, cuando nos escapamos una noche y nos escondimos en el granero, para hacer el amor. Quizá fue allí cuando concebí a Cris. Suspiro y él me mira de reojo.

—Espero que sean buenos recuerdos —dice mirándome. Sonrío un poco.

—Lo son, Mateo. Nada que objetar.

—¿Objetar? Es una expresión extraña. Ahí están mis padres.

Salimos del coche una vez que para y dos perrazos enormes se acercan con curiosidad. Cris, que ya ha sacado de la bolsa a Gordito lo levanta con sus manitas, aterrado. Mateo se acerca y se agacha.

—Sol, Luna, venid aquí. Estos son Cris y Gordito, son amigos.

Los perrazos los olisquean y el nuestro se retuerce hasta que no le queda otra que dejarlo en el suelo. Los tres animales se olisquean y mueven el rabo. Suspiro aliviada.

—Dejemos que jueguen.

Coge a Cris de la mano y el corazón se va a salir de mi cuerpo.

—¿Qué haces, Mateo?

—Te presentaré a mis padres y luego hablaremos de Cris. ¿O crees que soy tan estúpido para no darme cuenta? —susurra. La voz con la que me lo dice me hiela la sangre.

—¡Bienvenidos! —dicen sus padres. Luego miran a Cris. A Mateo. La madre se echa las manos a la boca y me mira.

—Entremos, por favor —dice Mateo—, nos vendrá bien una limonada.

Sus padres se mueven despacio y pasamos al rancho. Es un lugar con paredes gruesas y por ello, la temperatura es deliciosa. Tiene muebles fuertes, antiguos, limpios y todo está muy ordenado.

—Nos refrescamos y luego vamos a ver a los animales, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —exclama Cris. Mateo mira a su madre.

—Pequeño, ¿quieres que te enseñe primero las gallinas? Tal vez consigamos un huevo recién puesto.

Me mira, suplicante y accedo. Es tiempo de hablar, supongo. Sus padres se van con él y Mateo coge la jarra de limonada y pone dos vasos. Sirve y da un trago. Está frente a mí y su rostro no es amable.

—¿Cuándo me lo ibas a decir, Amelia? Cris es mi hijo, ¿no es así?

—Sí. Lo es. Yo…

—¡No me lo puedo creer! —exclama levantándose. Pasea por la habitación mientras lo miro. Parece que se está calmando, pero sigue serio.

—Lo siento, Mateo. Casi lo pierdo… las primeras semanas fueron difíciles. Yo… pensé que había sido algo efímero. No quería implicarte en un error mío.

—¿Un error? —dice casi gritando—. Te hubiera ayudado, joder. Te puedo ayudar. No voy a dejarlo pasar.

—Lo que ha sido un error es venir aquí —digo levantándome—. Él quería saber quién era su papá de verdad y, ¡Dios!, no sé qué hago aquí.

De dos zancadas se pone delante de mí y me coge de los brazos.

—No te vas a ir. No de momento.

—No es que puedas retenerme, Mateo. Puedo irme cuando quiera.

—No quería decir eso. Solo dame unos días. Quiero conocerlo. Mis padres también se han dado cuenta, joder. Nada más verlo.

—Eras… un buen tío, Mateo. Y por eso he vuelto, pero no pienses de ninguna remota manera que vas a… hacer algo. Es mi hijo y ni siquiera apareces en el certificado de nacimiento.

Él se aparta, como si lo hubiera golpeado. Quiero consolarlo, acariciar su rostro.

—Jamás apartaría a un hijo de su madre, a menos de que esta fuera una irresponsable, pero tú no lo eres. Pero has venido para que nos conozcamos, ¿no es así? Pues hazlo. Mandaré que alguien recoja vuestras cosas en el hotel y te trasladarás aquí. Tengo habitaciones de sobra.

—No creo que sea lo mejor. Yo…

—Me lo debes, Amelia. Me debes pasar algunos días con Cris. Y luego… poder visitarlo. O si necesitas algún tipo de ayuda económica.

Me envaro.

—No he venido por tu dinero si es lo que piensas. Solo creo que es justo para Cris y para ti conoceros.

—Entonces, quédate unos días aquí, en el rancho. Sabes que tengo mucho trabajo y a tu… a nuestro hijo le gustará. Dios. Es… una buena noticia.

Su expresión cambia. Sonríe y me mira, con un ruego.

—Está bien. Nos instalaremos unos días aquí, pero no sé si es una buena idea.

—Esta tarde cuando volvamos, las recogeremos y te vienes con el coche. Le diré a Conchita que os prepare dos habitaciones.

Amelia… me he enfadado porque… porque ha sido bastante chocante, pero me alegro de que estéis aquí.

—Supongo que yo también. Es lo justo.

—Gracias.

Da un paso hacia mí y yo retrocedo, buscando la puerta de la cocina por donde ha salido Cris y… sus abuelos. Los veo metidos en el corral, él está acariciando una gallina que sujeta el hombre y su rostro no puede ser más arrebatador. Y, sin embargo, temo que pueda pasar algo, que él quiera quitarme a mi hijo.

Capítulo 7

¿Lo eres?

Mateo

Me pongo a su lado y veo que mis padres lo han metido en el gallinero. Puede que sea algo peligroso, así que camino hacia ellos algo tenso. De repente, tengo la sensación de que solo quiero proteger a ese niño. A mi hijo.

—Tened cuidado con Peluca, que pica mucho.

—¿Peluca? —pregunta el niño. Mi padre señala una gallina parda con varias plumas desordenadas en la cabeza. Él asiente, lo entiende. Es muy inteligente.

—De todas formas, hay que salir. Quiero enseñarte los caballos.

—Vale. Pero dan miedo. Son muy grandes —dice señalando a dos que pifian en un cercado.

—Esos dos son un poco salvajes, pero la mayoría se portan bien. Vamos.

Lo cojo de la manita y el corazón se expande de una forma inaudita. Mis padres sonríen, comprendiendo desde el primer momento, pero no le dicen nada a Amelia. Se merecen una

explicación y se les dará, en otro momento.

Camino explicándole a Cris los diferentes edificios. Amelia viene detrás. A lo lejos vemos a su perro correteando con los nuestros.

—Gordito se lo está pasando muy bien.

—Se nota que le gusta el sitio, Cris.

—A mí también. De mayor quiero ser ranchero —dice y me emociono.

—Antes querías ser médico. O astronauta —comenta Amelia. Supongo que no quiere que me ilusione, pero es tarde.

—Puedes cambiar de opinión cuantas veces quieras, Cris. Seguro que a tu mamá no le importa.

—Claro que no. Puede ser lo que quiera. De hecho, tiene un fondo para la universidad, así podrá estudiar lo que le apetezca.

La miro. Sé que me lo dice para que esté seguro de que no viene a por mi dinero. Eso no quiere decir que no pueda ocuparme de mi hijo. Llegamos al establo, donde están la mayoría de los caballos. Algunas cuadras están vacías, los vaqueros los sacan a pastar, pero la de Osiris está ocupada. Levanto a Cris y le enseño por encima a la yegua, que está echada sobre la paja. Me mira alarmado.

—¿Está malita?

—No, cariño, va a tener un bebé y por eso está descansando. A veces los partos pueden ser difíciles —miro a Amelia, preguntándome si el suyo lo fue. Ella estaba sola, joder. Yo podría haberle sostenido de la mano.

Después, visitamos a los potrillos, son muy jóvenes y aceptan de buen grado el biberón que ayudo a Cris a darles. Él ríe feliz e incluso Amelia saca una sonrisa.

Canturrea cuando volvemos a la casa un par de metros delante de nosotros. Miro a su madre.

—Es un niño muy feliz. Se nota que está bien cuidado.

—¿Acaso lo dudabas?

—No me lo pongas difícil. Todavía sigo en *shock*. De la noche a la mañana saber que tengo un niño de cinco años me cuesta.

—Lo sé. Está siendo complicado para mí también.

—¿Se lo diremos? ¿Te parece bien? Mis padres se han dado cuenta y yo creo que están deseando abrazarle como abuelos.

Se gira para mí y veo su angustia.

—No sé cómo hacerlo, Mateo. No lo había pensado, la verdad.

—Es un niño muy listo. Podemos enseñarle fotos de cuando era pequeño… o simplemente decírselo.

—Estoy aterrorizada.

La abrazo, porque… porque no puedo evitarlo. Ella se tensa, pero al final, se deja caer sobre mi pecho. Creo que escuchará mi corazón palpitando, pero veo un coche, el de Noah, y me aparto.

Ella entra en la casa detrás de Cris y voy a recibir a mis amigos. Noah baja con Juli y nos saludamos con afecto.

—¿Qué tal, Mateo?

—Es mi hijo, sin duda. Hasta mis padres se han dado cuenta. Lo difícil va a ser decírselo. No sé… no sabemos cómo hacerlo.

—Pues lo normal, Tex —dice Juli—, ¿quieres que hable con ella?

—No viene por mi dinero, ella es independiente. Solo que el niño le preguntó. Joder, sigo… sigo trastornado.

—¿Y por verla? —pregunta Noah. Me encojo de hombros—. Ya veo que también. Entremos.

—Noah, Juli, qué bueno veros —exclama mi madre. Les presento a Amelia y a Cris. Él lo mira y luego a mí. Sonríe sin duda.

—Es un pequeño clon tuyo, Tex —susurra cuando se acerca a mí. Amelia parece apurada, pero Juli se sienta con ella para hablar.

—Mira, Cris, este es mi mejor amigo, también le gusta montar a caballo.

—A mí me dan un poco de miedo —contesta.

—A comer, lavaos las manos todos —dice mi madre con voz alegre. Se la nota emocionada.

Veo que Juli está hablando seria con Amelia y ella parece a punto de echarse a llorar. Quiero ir a ver qué pasa, pero Noah me retiene. Al final, cojo a Cris en brazos y lo llevo haciéndole cosquillas hacia el baño, lo sujeto mientras le lavo las manos y él se ríe. Pero cuando Noah le revuelve el cabello, se enfurruña y se peina otra vez. Cojo un cepillo y le arreglo el pelo y ya de paso, el mío. Mi amigo nos mira y mueve la cabeza con una sonrisa. Pero yo le choco la mano a Cris.

—Yo también creo que hay que ir bien peinado.

Salimos a la mesa. Mi madre ya nos ha colocado. Cris se sentará entre los dos. Noah y Juli, frente a nosotros. Me pregunto qué le habrá dicho para que esté tan seria, pero mi padre le hace una broma a Cris y todo se destensa.

Cuando acabamos, Cris bosteza y lo llevo a la habitación que tenía cuando era pequeño. Le enseño los posters, los libros y algún juguete que todavía conservo.

—Luego te enseño todo. Ahora, a dormir la siesta.

—Vale. ¿Eres… eres mi papá?

Trago saliva. No lo esperaba. Le doy un abrazo y acaricio su rostro. Él cierra los ojos y se queda dormido con una sonrisa.

Salgo, con los ojos arrasados de lágrimas y me encuentro a Amelia. Tal vez lo ha escuchado. Ella también está llorando. La abrazo. A la mierda. La abrazo tan fuerte y siento que me fundo en su cuerpo. Y creo que esta vez no los voy a dejar escapar.

Capítulo 8

Jamás te olvidé

Amelia

—Mateo es un tío muy legal —dice la tal Juli cuando nos sentamos en el sofá. Supongo que la han traído para que… hable conmigo.

—No pretendo nada, no sé qué pensáis de mí, pero solo he venido porque mi hijo quería conocer a su padre y su padre merece saber que tiene un hijo.

—Sí que has tardado. ¿Por qué ahora?

—Porque tiene preguntas. Estuve casada, pero el niño sabía que no era su padre. Quizá ha sido un error.

Ella mira hacia Mateo y niega.

—No, no lo ha sido, pero tal vez deberías haber venido antes. No es justo para él.

Las lágrimas amenazan con salir. Lo sé. No es justo. Pero también fue duro para mí. ¿Eso no lo piensan?

—Estuve casada, Juli. Y además, no sabía si Mateo lo aceptaría. Fue algo efímero.

—Y, sin embargo, le marcó.

—A mí también. No vengo a destrozarle la vida o a pedirle dinero. No quiero que piense otra cosa.

—Ya. Bueno, es un tipo muy rico, todos lo son. También pensaron mal de mí y Noah, aunque nosotros fuimos novios desde críos, por decirlo así. Puede que… alguno piense que vienes con otra idea.

—Pues se quedarán con las ganas. No voy a pedirle ni un solo centavo a Mateo.

—Y, sin embargo, él tiene derechos y deberes. Conociéndolo, querrá hacerse cargo de Cris también. ¿Has pensado cómo…?

—No he pensado nada. Primero, no sabía si quería que lo conociera y tenemos que decírselo. Cris es un niño muy listo, pero es demasiado…

Me siento derrotada. Juli me toma de la mano.

—Entre los dos podréis. Ya lo verás.

—Espero.

La madre de Mateo nos llama a comer con una gran sonrisa. Él se lleva al niño a lavarse las manos y cuando sale Noah, está serio. Lo miro y él mueve la cabeza.

—Son iguales. ¿Le has enseñado a repeinarse tanto?

—No, le sale de natural.

—Como a Mateo —suspira—. Yo te creo, Amelia. Pero no jodas a mi amigo, por favor.

Doy un respingo.

—No lo haré. No he venido para eso.

Nos sentamos a comer y la verdad, todo ha sido menos tenso de lo que esperaba. Cris empieza a cabecear y él lo coge en brazos. Sus padres se emocionan mirándolo y lo sigo. Los escucho hablar, y cuando él le pregunta si es su papá, mi corazón se para.

Sale, emocionado y nos abrazamos, entre lágrimas. Él acaricia mi espalda y me tranquiliza. Luego, me aparto y limpia mi rostro. Sonríe un poco.

—Es muy inteligente y nos ha ahorrado el trabajo.

—Pero tendremos que hablar con él.

—Desde luego.

Regresamos a la sala y nos sentamos en el sofá con sus padres y sus amigos. Mateo prepara unos cafés y los coloca en la mesita. Supongo que es la hora de la verdad.

—Te recuerdo, muchacha —dice su padre—, mi chico estaba loquito por tus huesos. Y vaya, algo salió bien.

—Así es —digo suspirando—, siento mucho… pero no sabía.

—Entonces, es nuestro nieto —dice su padre con una sonrisa—. No lo dudaba, ha sido verlo y ver a Mateo de pequeñín. No importa si has tardado, lo importante es que has venido.

—He invitado a Amelia a que se quede los días que tenga previsto aquí.

—¡Es una gran idea! —exclama su madre. Él me mira y asiento.

—Por supuesto, pero luego… tengo que volver a mi casa.

—¿Cuántos días puedes quedarte? —pregunta él.

—Seis o siete, tengo vacaciones.

—Háblanos de ti, querida —dice su madre.

—Bien, pues… estudié *marketing* y cuando nació Cris, lo cuidamos entre mi hermana y yo. Eva es abogada. Me ayudó al principio, pero luego encontré trabajo en una empresa importante y me va bien, de verdad. No he venido por ningún motivo económico.

No me cansaré de decirlo, porque es evidente que Mateo tiene mucho dinero, pero no puedo quejarme.

—Nadie ha dicho eso —dice con cariño su padre—, ¿entonces, haces…?

—*Marketing*, que es anunciar a empresas, ayudarles a que puedan vender más, ese tipo de cosas. Y me va bien. Tengo un fondo para la universidad de Cris.

Mateo me coge de la mano.

—No tienes por qué justificarte. Tranquila, sois bienvenidos, y me encantaría contribuir a ese fondo, si a ti te parece bien.

Asiento, pero estoy nerviosa, tal vez por notar su calidez.

—Es un niño muy inteligente —dice Noah mirando la mano de Mateo. No me ha soltado y yo tampoco.

—Me ha… preguntado si soy su papá. Casi me echo a llorar.

—Lo dicho, es muy listo mi nieto —dice su madre con orgullo—. Háblanos de él, Amelia, por favor.

—Bueno, pues nació prematuro. Fue un parto complicado, pero salimos adelante. Estuvo una semana y media en la incubadora y mi hermana se trasladó a vivir conmigo, para ayudarme. Salió adelante, porque es… es un niño fuerte —suspiro y noto los rostros emocionados—. Después, su primera palabra la dijo cuando apenas tenía año y medio. Estábamos viendo un documental de… oh, Dios.

Me echo a llorar, temblando y Mateo me abraza, acariciando mi espalda. Me habla suave.

—¿De qué era el documental?

—De un rancho, de caballos. Dijo algo así como «ballo» y se me cayó el alma a los pies. Enseguida aprendió a hablar, a leer. Pero le cuesta ir en bicicleta.

—Yo le enseñaré —dice Mateo. Sigue estando muy cerca y empiezo a ponerme nerviosa. Tal vez lo note, porque vuelve a su sitio.

Sigo contando anécdotas de cuando empezó en la guardería, en el colegio y les saco una sonrisa. Lo escuchamos hablar y llamar a Gordito, pero el perrito hace rato que duerme delante de la

alfombra. Voy a buscarlo y lo traigo en brazos. Mateo le pone las deportivas y él nos mira.

Noah y Juli se marchan discretamente, así como sus padres. Mateo carraspea.

—Sí, Cris, soy tu papá, pero no lo sabía.

El niño me mira y asiento. Sonríe y abre los brazos. Mateo lo coge y le hace carantoñas. A estas alturas, las lágrimas nos caen sin control. Cris extiende el brazo y me acerco. Nos aprieta a los dos, de forma que nuestros rostros quedan cerca, casi labio con labio. Miro los profundos ojos azules de Mateo y siento que… en realidad, jamás lo olvidé.

Capítulo 9

Mirando las estrellas

Mateo

Después de ese momento emotivo y muy emocional, acompaño a Noah y a Juli hasta el coche.

—¿Qué pensáis? —les pregunto.

—No hace falta que te diga nada. Yo la creo —dice Juli. Me vuelvo hacia mi amigo, que asiente.

—Yo también. Puedes hacerte las pruebas de paternidad, pero sois como dos gotas de agua. El problema que veo es cómo vais a compaginar que ella viva en otro lugar.

—Muchos padres divorciados comparten custodia —dice Juli.

—Ya. Si os digo la verdad, no es lo que quiero. Espero que se queden y tengo una semana para convencerla.

—Mateo, no puedes obligarla —dice ella.

—Y no lo voy a hacer. La voy a… conquistar. Ella no tiene ataduras sentimentales. Y sé que lo que hubo entre nosotros fue importante para ella. Nos une un hijo.

—Puede que no sea suficiente, Tex —dice Noah poniendo su

mano en mi hombro—, no tenéis por qué llevaros bien. Estuvisteis juntos apenas unas semanas, y ambos tenéis una vida. Forzar un compromiso por el niño no es bueno. Creo que es mejor llevarte bien, tener una buena relación y poder ver a Cris cuando se pueda. Si intentas otra cosa, podrías cagarla. Alejarla de ti.

—Y, sobre todo, una cosa —dice Juli—, ni por un momento le amenaces con quitarle la custodia o algo similar o desaparecerá y te quedarás sin ver a tu hijo.

—¡No pensaba hacer eso! —exclamo—. Está bien, iré despacio. Gracias por venir.

—Para eso estamos. Si nos necesitas para lo que sea, nos presentamos en media hora.

Nos abrazamos y se marchan. Mi padre sale limpiándose las lágrimas.

—¿Estás bien?

—Me ha… nos ha llamado abuelitos. Dios santo, Mateo. Pensé que jamás conocería a un nieto y esto ha sido un regalo del cielo. Solo te pido que lo arregles.

—Lo haré, papá, pierde cuidado.

El hombre asiente y se marcha dentro. Estoy bastante emocionado y necesito tranquilizarme. Cuando lo consigo, entro y les propongo bajar a por sus cosas. Cris se emociona por saber que se van a quedar a dormir.

—Dejadnos a Cris si queréis, total es ir y volver. Y este pequeñajo quiere ir a ver el huerto.

Miro a Amelia, que asiente. Nos montamos en mi coche y conduzco hasta la ciudad.

—No quería precipitarme —acabo diciendo tras un buen rato de silencio.

—Está bien, Mateo. Así podrá estar con tus padres.

—Solo quiero lo mejor para los dos…

—Lo sé. No puedo con más emociones hoy. Nos quedamos unos días y ya iremos hablando, ¿vale?

—Sí. Me parece bien.

Ella mira por la ventana abierta, la suave brisa mueve su cabello y me trae el suave aroma de su piel, algo que me recuerda aquellos momentos en los que le hice el amor. Mi piel se eriza y tengo que concentrarme en otras cosas para no excitarme.

Pongo algo de música y ella canturrea sin darse cuenta hasta que llegamos a la ciudad. La acompaño hasta la habitación y metemos todo en su coche. Darius se acerca por la acera y nos mira, con la ceja levantada.

—Así que lo has conseguido, ¿no?

Amelia se levanta y lo mira con mala cara.

—No tengo nada que explicarte a ti.

—Pero Tex es mi cliente y no dejaré que le saques el dinero.

—¡Darius! —exclamo—. ¿Qué cojones estás diciendo? Es mi hijo de verdad.

—Lo que tú digas. ¿Y por qué no vino antes? O es ahora cuando necesita dinero.

Le doy un puñetazo que casi lo tumba. Él me mira, sorprendido. Se toca la mandíbula y la mira con odio.

—Felicidades, Amelia, acabas de conseguir que dos amigos se enemisten.

Se marcha sin más y ella me mira.

—Lo siento. Darius es un imbécil.

—¿Lo conoces?

—Desgraciadamente, sí. ¿Nos vamos?

Trago saliva y asiento. ¿De qué… lo conoce? ¿Por qué habla tan mal de ella? No entiendo nada, pero pongo en marcha el coche y

ella me sigue hasta el rancho.

Mi madre ha instalado a Cris en mi habitación definitivamente y ella dormirá en una de invitados. Una junto a la mía. No diré que… no la desee, pero no quiero fastidiarla.

Los dos abuelos parecen haber rejuvenecido. Toman a Cris de la mano y se lo llevan a mostrarle la buhardilla donde hay juguetes y viejas sillas de montar, todo tipo de cosas. Me giro hacia Amelia, que parece tensa.

—¿Quieres explicarme lo de Darius?

—Lo conocí cuando vinimos aquí. Da igual. Es un imbécil. Estoy agotada, ¿podría darme una ducha?

—Por supuesto, hay un baño a compartir, lo siento.

—No pasa nada. Hemos invadido tu casa…

—Y estoy encantado por ello. No lo dudes ni un solo momento.

Ella asiente. Le muestro dónde está el armario de la ropa blanca y le doy un par de toallas. Entro en el baño para recoger algunas de mis cosas y dejo una estantería para las suyas.

Me marcho fuera, porque… pensar que se va a duchar, me pone nervioso. Empiezo a preparar una ensalada para la cena y veo que bajan los abuelos con un niño muy contento. Lleva mi sombrero de pequeño.

—¡Me lo han dado los abuelos! ¡Me encanta! —exclama y veo la emoción de mis padres.

—Sí, lo llevaba cuando tenía ocho años, igual te queda grande. Podría comprarte uno más pequeño hasta que crezcas.

Se me queda mirando, pensando a saber qué y asiente, pero no se lo quita. Le tapa los ojos y mi madre le hace una foto. Luego, me pide que me ponga con él y nos la hace a los dos. Luego, le hago yo una con ellos. El perrito sigue tan tranquilo delante de la chimenea, echado con mis dos perrazos. Él se acerca y aunque lo vigilo, ni Sol

ni Luna son una amenaza.

—Es tan igual a ti, Mateo —suspira mi madre mientras corta la lechuga.

—Lo sé. Es increíble.

—Amelia es encantadora. Y está soltera, hijo.

—No lo agobies, mujer —dice mi padre—, hay que dar tiempo al tiempo.

Asiento, mientras termino de preparar la ensalada. Miro a Cris que está echado sobre Sol.

—¿Te gustan las barbacoas, Cris?

Él asiente entusiasmado.

—Pues uno de estos días haremos una.

—¿De verdad podemos quedarnos aquí?

—Todo el tiempo que queráis —contesto. Él asiente y sigue abrazando a su perro.

Amelia sale con el cabello mojado y mi madre se apresura a buscar un secador, pero está estropeado. Mañana mismo compraré uno.

—No importa, hace calor.

Cenamos y después, acostamos a Cris. Ella le cuenta una historia de una gallina y se queda dormido. Mis padres se despiden con una sonrisa y le ofrezco una cerveza y una conversación.

Salimos al porche. En Dusty Creek las estrellas lucen como en ningún otro lugar y cuando ella se sienta en el banco, junto a mí, pienso que podría ser fácil. Estar allí, que ella se quedara. Vivir juntos.

Da un trago a su cerveza y muevo ligeramente el balancín. Sonríe y eleva las piernas para subirlas. Yo estiro y encojo las rodillas muy suave. Se apoya en el respaldo.

—Si pretendes que me duerma, lo vas a conseguir, Mateo. ¿O es

Tex?

—Uno de mis amigos, Logan, me puso ese apodo. Y así me quedé. Me gusta que me llames Mateo.

Asiente, mirando hacia las estrellas. La verdad, no nos hace falta hablar, aunque quiera saberlo todo de ella, aunque esté deseando escucharla. Pero lo único que hago es balancear suavemente. Ella acaba por apoyar la cabeza en el respaldo y va cerrando los ojos, hasta que se queda dormida.

Voy parando y le quito la cerveza de la mano. La dejo en el suelo.

—Amelia. Amelia —susurro. Ella sigue dormida. Y voy a hacer algo que quizá me afecte demasiado. La cojo en brazos y abro la puerta con el pie, para llevarla a su habitación. La deposito con suavidad en la cama. Ella suspira y, maldita sea, no puedo evitar darle un suave beso. Ella ronronea y me aparto con prisa, porque, joder, esto es demasiado para mí.

Capítulo 10

Las vacas

Amelia

No recuerdo cómo llegué a la cama, pero no tengo tiempo de pensar. Cris está saltando sobre mi colchón y Gordito ladra alegre casi en mi oído.

—¡Dormilona! ¡Despierta! ¡Vamos a ir a ver las vacas!

—Cris, basta ya.

Me observo, voy vestida, ya recuerdo, me quedé dormida y él… él debió traerme. Sofocada, me levanto, me aseo y me cambio y salgo a la cocina. Solo está la madre de Mateo, que tiene una cafetera en la mano. Ni siquiera son las ocho de la mañana.

—Cris es tan madrugador como Mateo. Está con su padre en las cuadras, pero ha dicho que luego os llevará a ver las vacas.

—¡Sí! ¡Las vacas!

—Parece que te han puesto pilas. ¿Has desayunado?

—Sí, la abuela me ha hecho un desayuno de vaqueros, con huevos y judías.

Levanto la ceja y ella sonríe.

—¿Quieres un desayuno de vaqueras?

—Gracias.

Me echo un café y ella me pone un plato con huevos revueltos y jamón. Es demasiado, pero reconozco que tengo hambre.

—Las judías son para los chicos, a mí nunca me gustaron demasiado. Prefiero unas buenas lonchas de jamón ahumado.

Empiezo a comer y ella se sienta a tomar un café conmigo, mientras Cris entra y sale. No me siento muy cómoda, pero ella me coge de la mano.

—Alrededor de la casa no hay peligro, Amelia. A lado de las vacas, tal vez, pero iréis con Mateo. ¿Montas a caballo?

—Me temo que no. Estos huevos están deliciosos, gracias. Pero si hace falta, puedo cocinar yo.

—¿Se te da bien?

—Lo justo, nada más.

—No te preocupes, vivimos a tres minutos y estamos encantados de pasar a hacer la comida cuando sea necesario. Pero también podemos no hacerlo y daros privacidad.

—Elisa, entre Mateo y yo no hay… nada.

—Un hijo, ¿te parece poco? Y yo diría que los niños no vienen de París.

Me sonrojo y sigo comiendo. Cris vuelve a entrar con un gato en la mano.

—Lo acabo de encontrar. Es pequeñajo.

—Ah, sí, se llama Patitas porque tiene las dos delanteras más blancas. Es muy habilidoso y se encarga de que no haya ratones.

—¿Se los come? —pregunta Cris serio. La abuela me mira.

—Solo a los ratones malos. ¿Te acuerdas de la película de *Ratatouille*? Ya sabes que había malos y buenos.

Cris suspira aliviado y se sienta a un lado con Patitas y le da la

charla sobre comerse a los ratones buenos, especialmente al hada de los dientes, que es un ratón blanco.

Me levanto para lavar los platos y recogemos.

—¿Puedo ayudarte en algo? Barrer, limpiar, lo que sea. No me parece bien estar aquí sin hacer nada.

—Bueno, es la casa de mi hijo y una de las muchachas suele limpiarla, pero tengo que ir al huerto, ¿te apetece? A Cris le gustó mucho desenterrar patatas.

—Claro que sí. Vamos.

Me deja un sombrero de paja y con dos cestas, nos adentramos al huerto. Hay otras dos personas trabajando que nos saludan con una sonrisa.

—Mateo me riñe cuando trabajo mucho, pero lo cierto es que me encanta. —Miramos a Cris que salta como un pequeño salvaje—. Había perdido la esperanza de tener un nieto, la verdad. Mi hijo no se ha comprometido con nadie, y puede que fuera porque no olvidó a una mujer.

—Es imposible, estuvimos juntos unas semanas.

—Te he visto mirarlo. Puede que sea algo para ti también.

—Sinceramente, no lo sé. Es amable y tierno, pero yo tengo mi vida en la ciudad. Y a mi hermana. No podría dejarla, ella ha hecho tanto por mí. Y también ha pasado por malos momentos. También está mi madre, mi tía. Viven a media hora de nuestra casa y adoran a Cris. ¿Cómo podría…? No puedo plantearme dejarlas.

—Aprecio que seas familiar y te entiendo. Sin embargo, Dios nos provee de soluciones cuando más difícil lo tenemos.

Un hombre en los sesenta se acerca a nosotras y nos saluda con el sombrero.

—Elisa, la yegua está a punto de parir, me ha dicho Mateo que igual queríais ir.

—¡Cris! ¿Quieres ver nacer a un potrillo?

Él asiente y el hombre se lo sube a los hombros y caminan hacia el establo.

—No te lo he presentado, es mi hermano Fernando, es el capataz del rancho. Creo que también ha adoptado a Cris. Lamentablemente, se quedó viudo y sus hijos viven lejos.

—¿No será muy fuerte ver parir a una yegua? Cris es bastante impresionable.

—Podemos taparle los ojos en los momentos complicados. No te preocupes, Mateo nos lo dirá.

—Él ama mucho a sus caballos, ¿verdad?

—Así es, es su pasión. Aunque ahora ya no es la primera. Es la segunda.

Sonríe y camina hacia el establo canturreando. La sigo y entramos. Cris está en el suelo, cerca de Mateo, que le explica qué va a pasar. Toco su hombro para pedirle que sea cuidadoso y que le tape los ojos si… ocurre algo.

—Cris es muy pequeño.

—Tranquila. Yo vi mi primer parto a los cuatro años.

Trago saliva mientras veo a la yegua gruñir. El veterinario la está ayudando y mira a Mateo. Él se levanta y me da a Cris. Lo cojo en brazos y le tapo la cara.

—Es mejor así, cariño, es un momento.

No protesta, su abuela le hace carantoñas mientras observo a Mateo que se pone detrás de la yegua, le mete la mano mientras el veterinario empuja su vientre. Los veo sudar, entonces, sale agua disparada y lo empapa, pero él no deja de ayudar al potrillo a nacer. Saca las patas y me mira. Sé que es el momento.

—Mira, Cris, está saliendo, se ven las patitas.

Él se vuelve un poco indeciso, pero al ver la cabecita, abre la

boca asombrado. El potrillo sale de golpe y Mateo se cae de culo hacia atrás, pero con una gran sonrisa. Después, se retiran, la yegua se incorpora y limpia a su bebé.

—Ha sido chulísimo —dice Cris—. ¿Yo nací así? ¿Por tu culete?

—Algo así, cariño —digo sonrojada. La abuela se echa a reír.

Mateo sale, va empapado de líquido amniótico. Se quita la camisa y el abuelo le da un manguerazo. Trago saliva. Su cuerpo es hipnótico. Se frota el pecho con energía, la cabeza y se va a bajar los pantalones, pero se da cuenta de que estoy aquí y se los deja puestos. Me mira y sonríe, así que desvío la vista hacia la cuadra.

Cris se baja y su abuelo le impide que entre a saludar al potrillo. Mateo se acerca empapado y se agacha junto a él.

—¿Cómo quieres que lo llamemos?

—¿Yo puedo ponerle un nombre?

—Sí, claro. Elígelo.

Está agachado, y sus brazos se ondulan, su piel está morena, no es de los que no se quitan la camisa para trabajar. Me obligo a mirar a otra parte, mientras mi hijo sigue pensando.

—¿Es un chico o una chica?

—Un chico.

—Ajá. Podríamos llamarlo Chocolate, porque es de ese color.

—Chocolate entonces —dice Mateo con una sonrisa—, me voy a duchar e iremos a ver las vacas. ¿Tienes unos pantalones largos? Son mejores para montar a caballo.

—Sí, podemos cambiarnos.

Lo cojo de la mano y me voy deprisa, porque verlo todo mojado y con solo pantalones y botas es como un sueño húmedo. Ayudo a ponerse vaqueros a mi hijo y me paso a la habitación para ponerme los míos. Mateo sale de la ducha solo con una toalla. Me quedo parada. Él me mira. Sonríe.

—Me voy a cambiar —digo deprisa y me encierro en la habitación, acalorada. ¿Por qué es todavía más atractivo que cuando me acosté con él?

Me pongo vaqueros, camiseta y cojo la crema solar para darme y luego darle a Cris. Pero cuando salgo al comedor, la abuela ya le está aplicando.

—No sabía si habías traído.

—Muchas gracias, Elisa.

Mateo sale con el cabello mojado, pero peinado, me dejan un sombrero y vamos hacia los caballos.

—No sé montar. ¿No podemos ir en coche?

—Mi padre llevará a Cris. Tú te montas conmigo. ¿Te parece bien?

—Supongo.

El padre se sube y Mateo le pasa a Cris. Se lo pone delante y el niño agita el sombrero emocionado. Miro al enorme bicho que mastica tranquilamente una brizna de hierba.

—No sé si me atrevo.

—Yo te sujeto. ¿Prefieres montarte delante o detrás?

Lo miro, casi entrando en pánico. Él se monta en el caballo y me tiende la mano.

—Ven. Yo te cuido.

Me sube como si yo no pesara nada y me coloca delante, a horcajadas. Siento su calor y me sonrojo como una niña tonta. Él pasa la mano por mi cintura para agarrarme.

—Apóyate en mi pecho, Amelia, es más seguro.

—Pero ¿puedes conducir el caballo con una mano?

Se echa a reír.

—Y sin manos. Podría demostrártelo —dice en mi oído girando la cabeza para que nuestros sombreros no choquen. Me remuevo y es

peor porque sus muslos me rozan. Así que me quedo quieta.

Azuza al caballo y yo me agarro al pomo con cierto terror. El caballo es muy alto.

—No te soltaré, así que tranquila y mira, Cris se lo está pasando en grande. Ha nacido para esto.

No contesto, bastante alterada por su presencia, su tacto o su olor. Su brazo es fuerte y acabo sujetándome a él. Mueve su pulgar en mi cintura como una pequeña caricia que me tensa. Y no porque me moleste, sino porque me afecta demasiado.

Guía al caballo hasta unos pastos verdes, donde hay cientos de vacas, no sé si miles. Cris grita emocionado y las señala.

—¡Cuántas hay!

—Sí, me va bien, Amelia. Aquí hay un buen futuro.

Me giro y miro su perfil.

—No me convencerías por tener muchos ceros en tu banco, Mateo. Sabes que no busco eso.

—Perdona. Tienes razón. Es que me gustaría que…

—Por favor, no me apresures. No me… presiones.

—Perdona.

Azuza al caballo que sale más deprisa y él me rodea con más fuerza la cintura y me aprieta a su pecho y me siento perdida. Cris y su padre también están trotando y él grita emocionado. Llegamos donde están las vacas, yo con dolor en mis partes íntimas por la silla dura, pero aguanto.

Las vacas huelen mal y tienen unos cuernos demasiado grandes para mi tranquilidad, pero ambos meten los caballos por el medio y aunque me sobresalto si alguna me roza, no ocurre nada. Llegamos a una colina donde media docena de hombres —vaqueros, recuerdo con una sonrisa— están alrededor de una hoguera. Saludan con la mano y el abuelo se baja del caballo, coge a Cris, que salta por la

hierba.

Mateo se baja y yo no sé qué hacer. Estira los brazos y paso la pierna por detrás, me coge y me baja, muy despacio, junto a su cuerpo, mirándome con intensidad. Yo estoy sonrojada y él sonríe.

—Te dolerá un poco allá abajo, ya sabes, en el sur. Luego puedes darte unos baños de agua fría. O un poco de aire, soplando.

Ya no puedo estar más colorada y me voy con Cris para cogerlo de la mano. Nos acercamos al fuego, aunque no hace frío. Los hombres nos miran, sé lo que piensan al ver a Cris, porque muchos de ellos no disimulan, miran a Mateo y él sonríe. Ellos también.

—Ey, pequeñajo, ¿quieres algo de comer? Tengo pan recién hecho —dice uno de ellos, es algo más joven que Mateo y noto el parecido.

—Amelia, es Juan, mi primo, hijo de mi tía Luisa. Amelia y Cris. Cris es mi hijo —dice con orgullo para todos. El tal Juan sonríe y le corta a mi hijo una rebanada de pan. Él le da un mordisco y sonríe.

—¿Un café, prima? —pregunta Juan mirándome con una sonrisa. Mateo saca un vaso limpio y me pone café. Es como si estuviera protegiéndome. El café es fuerte, amargo y espeso. Me gusta.

Estamos en una pequeña colina y nos lleva hasta un campo de flores amarillas. Al fondo, un río se desliza tranquilo haciendo eses por toda la pradera.

—Es el río Destiny. El río destino —dice él a mi lado. Lleva otro café en la mano.

—Es un bonito nombre. Pensaba que era más bravo. Recuerdo el cañón.

—Nace bravo, pero después se calma, se desliza tranquilamente por el terreno, como si solo le importase estar vivo.

Lo miro, sorprendida.

—Eso es muy bonito.

Él me sonríe y se encoge de hombros.

—Se pasa mucho tiempo a solas en este trabajo. Tienes momentos filosóficos en los que examinas tu vida. Y entiendo que para una pareja pueda ser complicado.

—¿Por eso no la tienes?

—Es posible. Adaptarse a mis horarios, vivir en un sitio alejados de todo. Sí, supongo que no le gusta a todo el mundo.

—Tu madre parece ser muy feliz.

—Y no veas. Ella era una niña de ciudad cuando mi padre la conoció. Le costó convencerla. Supongo que se enamoraron de verdad y ante eso, no valía nada más.

—El amor lo puede todo. Eso decía Walter.

—Tu esposo. ¿Lo amabas?

Miro a Mateo y asiento.

—Lo amaba. Llegó a mí cuando Cris era muy pequeño, yo estaba sola y fue como un ángel. Nos cuidó y sí, lo amé…

—¿Hace mucho que murió?

—Casi dos años. Un accidente.

Me pasa la mano por los hombros y me apoyo en él. Aunque en verdad, no sé qué estoy haciendo. Cris corretea por delante, intentando cazar una mariposa y los hombres se ríen con sus saltos. En ese momento, no puedo pensar en nada, solo disfrutarlo.

Capítulo 11

Momentos de arrepentirse

Mateo

Sentirla apoyada en mi pecho hace que mi corazón se vuelva loco. Procuro calmarme, pero es una sensación única y me hace recordar las tardes que pasamos haciendo el amor. Cualquier sitio era bueno, nos volvimos locos. Y puede que lo hubiera enterrado en mis recuerdos, pero tenerla en brazos aumenta mi memoria táctil, y veo esos momentos en mi cabeza.

Por suerte, llegamos o puede que arrase su cuello con mis besos. Cris se hace con todos, tiene una simpatía natural. Y estará mal que lo piense, pero no lamento que su esposo haya fallecido.

—¿Queréis quedaros a comer? Hay suficiente para todos —pregunta Juan. Amelia me mira y se encoge de hombros.

—Vale, rancho para todos.

Cris me mira y grita emocionado. El abuelo se lo lleva a ver un nido de pájaros y Amelia y yo los seguimos a la distancia. Ella se ha deshecho de mi abrazo con suavidad y ya la echo de menos.

—¿Hay serpientes o algún bicho así?

Me echo a reír.

—Hay de todo, pero tranquila, no se acercan a las vacas, a nadie le gusta que le pateen la cabeza. Cris está intentando trepar a un árbol y ella echa a correr, pero yo me adelanto y lo sujeto.

—Debes tener cuidado, porque trepar es peligroso si no sabes cómo bajar.

—¿Me enseñas, Mateo?

Asiento. Todavía no me llama papá y lo entiendo. Es bastante chocante incluso para él.

Le digo cómo tiene que trepar y practica ante la atenta mirada de Amelia que se muerde el labio, preocupada.

El pequeñajo resbala una de las veces y ella se asusta, pero lo cojo. Estoy muy cerca. Al final, ya ha practicado bastante y se pone a buscar flores o algo. Es bastante inquieto.

—Es un niño bastante movido, le cuesta concentrarse a veces, y le salva que es bastante inteligente. No sé qué tal le irá cuando sea mayor.

—Le irá bien. Y además aquí está muy emocionado, todo es nuevo. Supongo que también afecta haberme encontrado.

Su teléfono suena y se aleja un poco. Sonríe cuando habla y le da explicaciones a quien sea. Luego hace una foto de Cris y del paisaje y parece enviarla, aunque estira la mano, porque según donde no hay cobertura. Continúa hablando risueña y me mira, se retira un mechón de la oreja y luego aparta la vista, diría que sonrojada.

Me concentro en Cris y luego vamos de la mano para ver la hoguera. Juan se acerca a mí.

—¿Es tuyo entonces?

—Lo es.

—Pero no lo sabías.

—No, pero no hay más que verlo.

—Eso está claro. Entonces, ¿estás con ella?

—No. No de momento. No lo sé. Acabo de enterarme y estoy asimilándolo, pero feliz, Juan. Muy feliz.

—Me alegro, primo. Si te digo la verdad, Belinda no pegaba aquí.

—No sé si se va a quedar.

—Es muy bonita, Tex, deberías intentarlo. Si habéis tenido un hijo, no será raro estar juntos, ya me entiendes.

—Vale, déjalo ya. A comer.

—Sí, jefe —dice riéndose.

Preparan los platos y todos nos sentamos en la hierba, en el suelo, donde buenamente podemos. Cris acaba sentándose en mi regazo sin que yo se lo diga y me emociono. Amelia me mira y sonríe. Nos hace una foto con el móvil y me gusta que quiera tener un recuerdo.

Después de comer todavía estamos un rato más, hay terneros no muy grandes y a Cris le encantan. Anochece cuando volvemos de la misma manera que hemos venido, pero esta vez, Amelia no está tan tensa y se apoya en mí con naturalidad.

—Se ha dormido —dice mi padre sujetando a Cris. Sonrío.

Cuando llegamos, lo acostamos en la cama. Entre los dos le ponemos el pijama y se queda totalmente dormido. Mis padres ya se han retirado cuando entramos en la cocina.

—¿Quieres cenar algo?

—Estoy muy llena todavía.

—¿Y helado? Tengo de chocolate.

—Oh, tú sí sabes satisfacer a una mujer —dice riéndose. Me quedo un poco parado, ella se da cuenta y se muerde los labios—. Era broma. Pero sí quiero helado.

Saco un par de botes y nos ponemos dos cuencos para salir al

porche. De nuevo nos sentamos en el balancín y miramos las estrellas. Podría ser tan fácil.

—Cris se lo ha pasado en grande. Y yo, aunque tenía algo de miedo, también.

—Es acostumbrarse. ¿Me cuentas algo de tu trabajo, de tu día a día?

—Bueno —dice chupando la cuchara y mirando al horizonte. Trago saliva al ver su lengua y desvío los ojos—. Nos levantamos pronto y después de vestirnos, llevo a Cris al colegio. Yo suelo o bien trabajar en la oficina o en casa. Mi jefa es bastante flexible con eso. Él se queda hasta las tres y luego lo voy a buscar. A veces viene mi hermana Eva si no está muy liada, o mi madre o mi tía. Las tres siempre rondan en mi casa, han sido un gran apoyo.

—Ya veo, ¿y tu trabajo? ¿En qué consiste?

Me mira curiosa y asiente.

—Diseño la marca de las empresas, redes sociales, escribo post, publicidad… normalmente son pequeñas y me encargo de cuatro cuentas ahora mismo. Y fíjate, una de ellas está en Buenos Aires. Querían a alguien que hablase igual inglés que español y tuve suerte.

—O sea que no sueles visitar a clientes —digo y ella niega.

—No es lo normal, aunque a veces hacemos vídeo llamadas. Llevo tiempo con ellos y la verdad, nos entendemos bien. Los fines de semana solemos reunirnos con mi madre y mi tía. Mi padre murió y mi tía se ha ido a vivir con su hermana. Aunque ella, que es más joven, quiere echarse novio y está intentando convencer a mi madre de que lo haga. Pero ella no quiere. Amaba a mi padre.

—El amor no se puede forzar.

—No.

—¿Y tu hermana?

—Eva es fiscal del distrito. Es dura de pelar. Ella… bueno supongo que lo sabrás o te enterarás. Se acostó con Darius, cuando nosotros estuvimos… juntos. Él estuvo en la ciudad un tiempo con ella, pero luego rompieron de muy mala manera. Casi se liaron a bofetadas, y yo, la verdad, lo insulté… bastante. Defendía a mi hermana, claro y encima no me encontraba muy bien.

—¿Estabas embarazada entonces?

—Sí. Estuvieron juntos un par de meses. Bueno, él no creo que lo supiera, la verdad. No es que yo le viera a menudo.

—Ya. O sea que estuvo con tu hermana. No nos lo había contado. Aunque si te digo la verdad, ha tenido muchas relaciones.

—Eso es lo único que dijo Eva de él. Que le había sido infiel. Mi hermana valora mucho la lealtad.

—Darius es bastante reacio a comprometerse, solo lo hace con sus negocios, aunque ahora está preocupado por algo que no nos dice.

—Tú no eres así. Aunque sí estás comprometido con algo —dice y abre la mano con la cuchara—, con esto.

—Sí. Pero siempre hay espacio para otras cosas, Amelia. Y otras personas.

Se encoge de hombros.

—Me voy a dormir, estoy agotada.

Me levanto y dejamos las cucharas en la pila. Ella se queda quieta, mirándome y no sé qué piensa, pero yo sí sé qué siento. Deseo.

Doy un paso hacia ella, esperando que me aparte o se retire. No lo hace. Pero está nerviosa y solo quiero calmarla con mis besos. Acaricio su rostro con suavidad. Ella tiembla y pone la mano en mi pecho.

—No sé qué me pasa, Mateo. Estar aquí, contigo, no quería

que… —resopla frustrada.

Doy un paso más y la tomo en brazos para sentarla en la encimera. Me coloco entre sus piernas. Su rostro queda ahora a la altura del mío.

—Amelia, creo que nunca te olvidé. Marcaste mi vida.

—No puedes decirme eso, Mateo, solo fueron unas semanas.

—Júrame que no fue especial para ti. Dímelo, Amelia.

Mis labios están tan cerca de los suyos que bastaría medio suspiro para rozarlos. Ella parpadea. Yo deseo ver su mirada cada día de mi vida.

Su boca se acerca a la mía, tímida y la roza. La mía, necesitada de su tacto se abre y la beso. Primero es suave, no quiero asustarla, no quiero que se eche para atrás. Pero ella pasa los brazos por mi nuca y yo quiero que haya fuegos artificiales en el cielo.

Me acerco hasta ella, entre sus piernas, la atraigo de la cintura hacia mí, quiero que sepa lo muy excitado que estoy. Ella jadea al sentir mi erección y entonces la beso con toda la pasión que jamás expresé con ninguna otra.

Acaricio su espalda, su cintura, mis manos reconocen su piel porque la echaban de menos. Ella se agarra de mis hombros y gime cuando mis besos dejan huella en su cuello. Meto la mano debajo de su falda y voy directo a comprobar si ella está tan excitada como yo. Y así es. Se mueve mientras mis dedos disfrutan de su humedad. Gime en mi oído y protesta, porque está a punto de su orgasmo.

—Déjate llevar, amor, hazlo para mí —susurro y sigo acariciándola, hasta que ella acaba entre mis dedos, jadeando.

—Joder, Mateo…

Me desabrocha el pantalón y sonrío. Necesito tomarla, y no me importa dónde. Entonces escuchamos un quejido y ella me aparta y salta del mueble. Yo voy detrás.

Cris parece que está teniendo un sueño. Ella lo acaricia y se calma. Luego, salimos de su habitación. Estoy esperando, por si quiere… seguir.

—Menos mal que nos ha interrumpido, Mateo, porque esto… no es lo que yo quería. O sea, me ha gustado y siento que tú no…

—Tranquila. No hay que apresurar. Buenas noches, Amelia.

Me marcho, no decepcionado por no haber echado un polvo. O no porque vaya totalmente hinchado y duro.

No es eso. Lo que me duele es que se haya arrepentido. Eso sí.

Capítulo 12

Visita por la ciudad

Amelia

Me meto en la cama totalmente avergonzada. ¿Qué narices estoy haciendo? ¿Por qué he tenido dudas y he dejado que me bese y… lo demás?

Lo escucho entrar en su habitación. Encima lo he dejado… totalmente excitado y no es justo. Lo escucho echarse en la cama y un leve gemido me pone alerta. ¿Se estará dando placer? Pensar en sus fuertes manos sobre su erección me pone nerviosa. Intento hacer oído, pero solo escucho un suspiro. Otra vez estoy excitada. ¿Qué es lo que tiene Mateo que me hace que me humedezca nada más verlo?

Debería marcharme. Pero no puedo hacerles eso solo porque no puedo controlar mis impulsos. Doy una vuelta a la cama, intentando dormir. Al final, me levanto y salgo por mi ventana. No quiero hacer ruido, pero veo que él se asoma.

—¿Qué haces? Pensé que entraba alguien

Está solo con un pantalón y no puedo evitar mirarlo. La luna

llena moldea sus músculos y acabo evitando su mirada.

—No quería molestar. No puedo dormir. Lo siento mucho, Mateo.

Se acerca a mí y acabamos sentados en el suelo, apoyados en la pared de ladrillos.

—Yo no lo siento, Amelia. Me gustó besarte. Sentirte.

—No es lo mejor, nos vamos a ir en unos días. Nos quedaremos… tocados y después… no sé, tenemos que seguir con nuestras vidas. Deberías encontrar una esposa que te ayude a llevar el rancho, alguien apropiado.

—¿Y si no quiero? ¿Y si quiero una urbanita?

—No. No puede ser. Esto ha sido un calentón, en realidad, no sientes eso por mí.

—Es difícil meterse en la cabeza de alguien y saber lo que siente —dice mirándome con cierta dureza—, pero está bien. No quieres nada de mí y ya lo he captado. No volveré a acercarme a ti de esa forma.

—Mateo, no te enfades…

—No. No lo hago. Simplemente estaba confundido. Buenas noches.

Se levanta y de un ágil salto, se mete por la ventana. Apoyo la cara en mis rodillas, procurando no llorar porque se enteraría. El problema es que ni yo misma sé lo que quiero.

Acabo metiéndome a la cama, durmiendo y pasan los días de una forma bastante aséptica. Es atento, trata con cariño a Cris y para mí solo hay palabras educadas, pero eso que quizá se hubiera podido dar, ha desaparecido. Y es mejor.

Cuando volví a casa, enfermé, tal vez algún tipo de virus. Estuve un tiempo ingresada y luego vieron que estaba embarazada. Eva se enfadó mucho conmigo. Pero luego dijo que lo cuidaríamos entre las tres. Y el resto del embarazo no fue mal del todo. Mi jefa me dejó

teletrabajar. Y al poco de nacer Cris, conocí a Walter, a quien no le importó que tuviera un hijo. Lo quise, pero… creo que nunca sentí ese amor loco y apasionado que tuve por Mateo. Cuando estuvimos aquí, él seguía trabajando, se levantaba a las cinco o las seis, solo por estar el resto de la tarde conmigo. Un día, después de hacer el amor en su furgoneta, se quedó dormido, agotado. Yo solo podía mirarlo.

Le he mentido diciéndole que para mí no fue nada, que fueron unos días, pero no es así. Y estos días en los que me habla lo justo, están siendo una tortura. Cada día tengo ganas de llorar.

Me levanto cuando Cris pasa a verme con Gordito. Ya tiene un suave color dorado en su piel y está emocionado con el nuevo sombrero a su medida que le compró Mateo.

—Mami, mami, ¡no podemos irnos!

—¿Qué dices, cariño?

—Es que mañana empieza el *rodero* me lo ha dicho el abuelito. Habrá muchos caballos y mucha gente. Por fa, por fa, por fa.

—El rodeo. Pero cariño, tengo que trabajar.

—Por favor, mamita —dice casi con lágrimas en los ojos. Me conmueve.

—Hablaré con mi jefa y solo si es posible, nos quedaremos. Si no, ya volveremos el año que viene.

—Vale. Pero quiero volver más días. Para Navidad hacen una fiesta con un Papá Noel gigante. Y para Halloween hacen calabazas con ojos.

Trago saliva y le doy un beso para salir de la cama.

—Ya veremos, me voy a vestir.

Claro, cómo no caí en que Cris se iba a enamorar de un lugar así. Va a ser duro para él volver.

Me meto en el baño y me doy una ducha rápida. Cuando estoy

saliendo, Mateo entra corriendo, se disculpa y mete la mano debajo del grifo, abriendo el armario para buscar el botiquín.

Me enrollo con la toalla y salgo para ver qué ha pasado. Tiene un… enorme corte en la mano. Empiezo a marearme.

—Tranquila estoy bien. Dame los puntos de aproximación.

Le doy una gasa y se seca y luego se pone los puntos y acabo sentándome, respirando agitada.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza y él recoge todo.

—Tenía aquí el botiquín, perdona por entrar así. ¿Es la sangre?

Asiento, sin hablar. Suerte que no he desayunado todavía. Veo de reojo que se pone un vendaje con esparadrapo y limpia cualquier rastro de sangre. Se agacha delante de mí, mirándome preocupado.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada importante, había vuelto para ir con Cris a ver el potrillo y me he cortado con una hoz del jardín.

—Estará… se te va a infectar —digo y él niega con una sonrisa.

—Estas cosas pasan a menudo. Estoy bien.

Intento levantarme y al hacerlo, la toalla se escapa y me quedo desnuda. Él me mira, pero cierra los ojos deprisa. Pero al agacharme a por ella, me mareo y me caigo de culo. Él actúa rápido. Me envuelve con la toalla y me coge en brazos. Protesto, pero me deja en la cama de mi habitación.

—Vístete. Esto es peor que cortarme.

Se marcha, enfadado. Siento ser una flojucha y sentirme mal cuando alguien sangra, pero me acuerdo de cuando estuve a punto de perder a Cris y me pongo enferma.

Acabo por vestirme y, antes de salir, llamo a mi jefa.

—¿Qué tal, Amelia? ¿Todo bien?

—Sí, bien. Cris está muy emocionado porque hay un rodeo la

semana que viene y no sé si te vendría bien que pudiera tomar unos días más.

—Ah… justo uno de tus clientes está insistiendo en reunirse contigo. Se ve que quiere hacer un lanzamiento. ¿No podrías trabajar desde allí? ¿Te llevaste tu portátil?

—La verdad es que no sé si tienen Internet, estamos alojados en un rancho, pero podría ir a un lugar donde sí hubiera cobertura.

—Entonces, sin problema. Teletrabaja y me imputas las horas. Y por favor, queda mañana si puedes con tus clientes. Están impacientes.

—La gente tiene derecho a vacaciones.

—Eso es lo que les he dicho yo. Pero ya sabes.

—Hoy les escribo. Gracias.

—Disfruta mucho y lo mismo encuentras un vaquero interesante.

—No creo. Te digo algo.

Salgo un poco menos mareada y me sirvo un café. En la mesa hay tortitas y Cris me mira emocionado.

—Las ha hecho Tex. Sabe cocinar, mami. ¿Has hablado con tu jefa?

—Elisa, ¿tenéis Internet aquí? O buena cobertura…

—Hay, pero justa —dice Mateo—. ¿Os vais a quedar al rodeo?

—Si puedo trabajar desde algún lugar, sí.

Cris se levanta y empieza a mover el sombrero emocionado, lo que nos hace sonreír a todos.

—Hay una antena que podría darnos más cobertura, pero nunca la activamos. Mientras lo encargo, podrías ir a la biblioteca pública. Ahí tiene una buena red. Y hay alguna sala de trabajo. Conocemos al encargado, seguro que te dejaría una para ti sola.

Me mira esperanzado y asiento. Él sonríe y mira a Cris emocionado. Sus padres también. La abuela vocaliza un «gracias».

—Entonces, Cris, ¿te importa que vaya a la ciudad a trabajar un poco?

—Mamá, por favor, estoy con los abuelitos. Y tengo que cuidar de Gordito.

—Igual tienes que acompañarla, Mateo, puede que no sepa dónde está la biblioteca.

Él mira a su madre y luego a mí. Me encojo de hombros.

—Prepararé mis cosas. Pero la puedo encontrar, seguro que es fácil.

—Así te presenta al bibliotecario, a veces es un poco gruñón con los forasteros —insiste su madre.

—Mateo tendrá trabajo.

—Bueno, quizá aprovecho para ir al dispensario y que me miren la herida.

—Está bien. Vamos.

Desayuno y luego recojo mis cosas. Se empeña en que vayamos en su furgoneta y acabo cediendo.

—Te recojo cuando quieras, Amelia, no me cuesta nada, de verdad. Y si vas a terminar tarde, bajo con Cris y nos vamos a comer a algún sitio.

—Si lo puedes despegar del rancho, vale.

—Seguro. Hay un sitio donde hacen pollo frito casero que está de muerte.

—Ah, me acuerdo de él. Era delicioso.

Lo miro. Esa noche fue mágica. Él también parece recordar y sonríe, pero luego se concentra en la carretera. Llegamos al pueblo y aparca delante de la biblioteca, un edificio antiguo enfrente del hotel.

—Si me hubieras dicho que estaba aquí…

—Lo sé. Pero quería acompañarte y… disculparme por esta

semana. Lo siento, Amelia. Respeto tus decisiones.

Suspira y sonrío ligeramente. Entramos en el edificio. Un hombre mayor saluda a Tex y él me presenta, pidiendo una de las salas.

—Por supuesto que sí, muchacha. Puedes quedarte el tiempo que necesites.

—Cuídamela —dice Mateo y con una sonrisa, se marcha. El bibliotecario, que andará por los setenta quizá, me sonríe también y me acompaña a una sala. Es pequeña, pero luminosa. Hay una mesa grande y un par de sillas.

—Te voy a dar la llave de la sala, por si tienes que salir para ir al baño y así cierras. Normalmente no pasa nada, pero hay algún chaval con ideas equivocadas.

—Gracias…

—Jim. Me llamo Jim. ¿Estás con Mateo? Con esa carita con la que te miraba…

—Somos… amigos, Jim.

—No diría que se mire así a una amiga, pero lo que tú quieras. Es que verás, lo conozco desde que nació y es un hombre estupendo.

—Lo sé. Muchas gracias, Jim.

Se marcha y coloco todo en la mesa. En realidad, es un sitio agradable y tranquilo, pero me riño a mí misma. No quiero estar pensando en qué pasaría si tomase una decisión. Y no.

El móvil me suena, sobresaltándome. Eva.

—Hola, hermana. Justo te iba a llamar.

—Tenía un momento libre. ¿Cómo va todo?

—Bien. Me he escapado a la biblioteca de la ciudad porque mi jefa necesitaba que me reuniera con un cliente. Resulta que esta semana hay un rodeo y Cris quiere quedarse.

Mi hermana bufa.

—No sé si es bueno. Quizá luego no quiera irse. Mamá te manda recuerdos desde el crucero. No tiene buena cobertura.

—Contéstale que estamos bien. Sus padres le han tomado mucho cariño.

—Porque Cris se hace querer. Y tú también. ¿No ha intentado nada el vaquero? ¿Quizá seducirte para que te quedes?

Doy un respingo y menos mal que mi hermana no me ve, pero lo nota.

—¿En serio? ¿Te has acostado con él?

—No, Eva. Solo nos besamos.

—Madre mía, Mely, estás volviendo a caer. Esa gente no es de fiar.

—Mateo, sí. Estoy muy confundida y no sé qué pensar.

—¿Me estás pidiendo mi opinión? Porque ya sabes lo que siento. Que vuelvas a casa cuanto antes. O si no te costará arrancar a tu hijo de *Rancholand* que es un paraíso para cualquier niño movido.

—¿Crees que no lo sé? No me estás ayudando, Eva.

—Yo creo que sí. Y por cierto, Darius sigue en temas bastante sospechosos. No te juntes con él, si es posible.

—Se pasó conmigo y Mateo le dio un puñetazo.

—Punto para él. Pero ese desgraciado no debería haberlo hecho. Nadie toca a mi familia.

—Por favor, Eva. No. Todo está bien. Y ahora tengo que trabajar. Hablamos en otro momento.

—Está bien. Mándame alguna foto más del peque. Lo echo de menos. Y a ti también.

Cuelgo por fin. Me conecto a la wifi y no va mal. Quedo con el cliente, insiste en que sea hoy mismo y, aunque no voy demasiado arreglada, acepto.

Ella se conecta y me mira con una sonrisa.

—Gracias por quedar incluso a pesar de estar de vacaciones. Tienes un color estupendo, Amelia, te están sentando bien.

—Así es. ¿Qué tienes para mí?

Durante casi dos horas hablamos, planeamos y diseñamos toda una campaña para su nuevo producto de cosmética. Cuando terminamos, decido ir a buscar un café y a despejarme. Mi cliente es bastante intensa. Cierro con llave y me dirijo hacia la entrada, donde he visto una pequeña cafetería. Allí, me pido uno solo y un pedazo de pastel casero.

Todas las mesas están ocupadas, pero una muchacha de cabello largo y ondulado me hace una seña y me dice que me siente con ella. Lo hago. ¿Por qué no?

—Hola, soy Bianca. Jim es mi padre. Me dijo que habías venido con Tex.

—Sí, a trabajar. Gracias por compartir la mesa.

—Ah, tranquila. Trabajo con Logan Blake, no sé si te lo habrán nombrado. Es amigo de Tex. Uno de los cuatro con los que se juntan en el Club de Darius.

—Conozco a Darius —digo con un gesto que le hace reír.

—Sí, lo sé, es un gilipollas. Noah es amable, sobre todo desde que se ha comprometido.

—Sí, lo conocí un día y también a Juli —digo tomando un sorbo de café. No sé si me está interrogando como ella. Como un pedazo de tarta y ella frunce el ceño.

—¿Es cierto que tienes un hijo con él?

Dejo la cucharita y la miro.

—¿Me estás interrogando? No quiero nada de él, no necesito dinero y nos iremos la semana que viene.

—Para, para —dice ella levantando las manos y con una gran sonrisa—. No te estaba interrogando, pero sí tenía curiosidad. Juli

me comentó que eran iguales. Las chicas tenemos que hacer piña.

—¿Sales con Logan?

—Ah, no —dice con el rostro ensombrecido por un momento—, somos amigos desde críos y hace poco pasé un mal momento y me contrató para su aeródromo. Y menos mal, porque apenas para en la oficina.

—¿Es piloto?

—Sí, estuvo en el ejército y luego volvió, algo tocado. Ahora su principal objetivo es follar y ganar dinero.

—¿Contigo?

Suelta una risa irónica.

—No soy de su estilo. Le gustan más las rubias flacas que no las morenas con curvas. Da igual.

—Eres preciosa, Bianca.

—No, tranquila. Está bien. No es un tío para mí. Demasiado inestable. Pero sí le agradezco que me diera trabajo —chasquea la lengua—, ¿y los padres de Tex?

—Están emocionados con Cris. Es un niño simpático, algo movido, no para, pero le encanta el rancho. Veremos cuando le diga que nos tenemos que ir.

—¿Os tenéis que ir? ¿Te espera alguien?

—En la ciudad tengo a mi hermana, mi madre y mi tía. Mi trabajo, su colegio… tengo otra vida, Bianca.

—Yo he tenido que cambiar de vida varias veces y no pasa nada. Lo importante es saber si quieres o no. Porque al final, no sirve de nada ir a otro lugar si no estás con la persona adecuada.

—En eso tienes razón. Pero yo no sé si él lo es.

—Date tiempo. Conociéndolo, estará encantado de teneros. Es un tío hecho para tener una pareja estable, no como Logan o Darius. Es más como Noah —termina con un suspiro. Se levanta y yo llevo

todo a la barra. Luego, me da un abrazo. Es alta y sí, algo corpulenta, sin que eso le quite un ápice de belleza.

—Te dejo mi teléfono. Si necesitas hablar o lo que sea, llámame.

Me lo apunta en un papel y se marcha. Me ha caído de maravilla, pero me da que o hubo algo con Logan o quizá ella desee que lo haya.

Vuelvo a la sala, saludando a Jim y continúo trabajando y preparando el proyecto, hasta que alguien golpea en el cristal. Mateo y Cris me miran sonriendo.

—¿Ya has trabajado mucho, mami?

—Sí, cariño. Cierro todo y acabado.

—Me gusta leer. ¿Podemos ir a ver los libros mientras? —pregunta a Mateo, él asiente cuando yo le digo que sí.

Se marchan de la mano, se acercan a Jim, que los mira asombrado con una sonrisa. Bien, pronto se va a saber por todas partes. Se pierden en la sección infantil y yo termino de recoger y meto todo en la mochila. La verdad es que me ha dado tiempo de hacer bastantes cosas en toda la mañana.

Voy hacia donde están y los veo en el suelo sentados, con Cris encima de Mateo. Él le está leyendo una historia y no quiero interrumpirlos, porque casi tengo ganas de llorar.

Cuando termina, levanta la vista y me ve. Sonríe, pero Cris se levanta corriendo y viene a abrazarme.

—¡Tienen muchos libros!

—Podemos llevarnos algunos por si quieres leer estos días. Conozco muy bien a Jim y no pondrá problemas. Elige, Cris.

El niño se va a por ellos y Mateo me mira. Sé que quiere decirme algo, pero doy un paso deprisa y sigo al niño. El corazón me late tan fuerte que podría escucharlo.

Después de decidirse por tres, Jim lo anota con una sonrisa en la

ficha de Mateo y los meto en mi mochila. Luego, caminamos por la calle hacia el restaurante del pollo frito. Mateo saluda a varias personas que nos miran con curiosidad.

—Diría que ya se ha enterado todo el mundo —susurro. Él se encoge de hombros.

—Jamás lo ocultaría, Amelia. Me siento orgulloso de nuestro hijo.

—Lo sé. Pero…

—Está bien.

Cris se adelanta para ver un escaparate y él me para, mirándome a los ojos.

—Te ruego por favor que me permitas tener una relación con él. Aunque sea por vídeo llamada. Y podéis venir siempre que queráis al rancho.

—Claro, Mateo —digo con los ojos rojos. Las lágrimas están a punto de caer. Él asiente y se agacha para hablar con Cris. Verlos a los dos allí, hablando tan normales es una alegría. Y también me da mucho miedo.

Capítulo 13

Si ella supiera…

Mateo

La dejo en la biblioteca y no voy al dispensario, sino a hablar con Darius. El otro día se portó mal, dijo cosas desagradables, pero sé que era porque él desconfía de todos y después de saber que estuvo con su hermana, aunque no tengo ni idea de lo que ocurrió, quiero reconciliarme.

Entro en el club por atrás. Wyatt y otros empleados andan limpiando. Me señala las escaleras, así que subo a su casa despacho. Está sentado delante del ordenador y cuando levanta la vista enfadado, su rostro cambia a sorprendido.

—Pasa, Tex. Dame un momento. Sírvete algo.

Me siento, pero no quiero beber nada. No, porque luego tengo que ir a buscar a Cris y volver para ir a comer los tres juntos. Espero paciente y él acaba cerrando el portátil.

—¿Y bien? ¿Ya te ha pedido pasta?

—Joder, Darius. No seas tan cabrón. Venía a disculparme por darte una hostia.

Se levanta y se toca la barbilla.

—Todavía tienes buena pegada, aunque te hayas vuelto un blando. Viene por tu dinero, hombre. Menudas son.

—Lo que tuvieras o no con su hermana no tiene que ver con nosotros.

—Ah —dice con una sonrisa irónica mientras destapa la botella de whisky—, ¿ya hay un nosotros? Sí que avanza rápido la que parece que no mataría una mosca.

—Te estás pasando, joder —protesto levantándome. Él bebe de su vaso y se apoya en el mueble bar, con los brazos cruzados.

—He visto suficiente mundo para saber que cuando hay una chica sin dinero y un hombre con dinero, el resultado es sencillo. Boda, embarazo, divorcio y ruina para él.

—Además de ser bastante machista, no es cierto. No la conoces. No como yo. Y se va a ir. Cuando pase el rodeo, se irá.

Me dejo caer de nuevo en el sillón y él se coloca a mi lado, en el otro.

—¿Tan pillado estás? —pregunta sin rastro de ironía.

—No sé, tío. Puede ser. No creo que sea tan malo.

—No, malo no es, pero si te casas, haré un contrato prematrimonial.

—Joder, Darius. Confía un poco.

—Imposible. Soy abogado y me han dado las suficientes hostias como para aprender de ellas. Pero oye, si te quieres tirar a la piscina aunque no tenga agua, tú mismo.

—Es mi hijo. Sin duda.

—Sí, parece bastante probable, Noah me lo comentó. Aunque yo haría alguna prueba de paternidad, solo por si acaso.

—No es necesario. Si hasta se peina igual que yo. Le sale de natural.

Dairus esboza una leve sonrisa, efímera y casual.

—Bueno, tío. Lo que quiero es que seas feliz. Si ella te calienta la cama unos días y luego se larga, va bien.

—No nos estamos acostando, joder. —Me levanto, molesto—. Mira, si te pones en plan borde, pasaré de ti. No sé qué cojones te pasa y por qué quieres estropear una amistad por ser tan insultante con alguien que me importa. Sé que es tu estilo decir lo que piensas, pero te estás pasando. Con Juli no te comportaste así.

Él da un respingo y me mira, confuso. Asiente.

—Perdona, Tex. Tienes razón. Pero es que eres un buen tío y no confiar en la gente es mi naturaleza. Tienes mi apoyo decidas lo que decidas.

Se acerca y me da dos palmadas en la espalda. —Gracias, no quiero dejar de ser amigo tuyo. Pase lo que pase.

—Y además soy tu abogado. —El cabrón ha vuelto, pero lo acepto.

—Un día te presento formalmente a mi hijo. Y aunque ella se niegue, quiero hacer un fondo para él.

Bufa y asiente, sin decirme nada. Bajo las escaleras más aliviado, me voy al rancho y recojo a Cris, que estaba emocionado haciendo un pastel con la cocinera. Mi madre le ayuda a ducharse y se viste con una camisa azul como la mía. Luego, vamos hacia la biblioteca, pero antes entro al ayuntamiento para que me conecten a Internet. Me dicen que lo tendré en un par de días.

Cris va de mi mano saltando por la calle, parloteando sobre las gallinas, o sobre Gordito que se ha vuelto un salvaje y está todo el día en la calle. Es un perro loco y sociable, pero también me ha adoptado. Entramos en la biblioteca y le presento a Jim. Cris le da la mano formalmente y él me mira. Asiento. Jim es amigo de mis padres de toda la vida, además del padre de Bianca . Sonríe y le

hace una carantoña a Cris. Luego vamos a buscar a su madre. Ella está concentrada, escribiendo y pienso que está preciosa. Como tiene que acabar, vamos a la sección infantil y nos sentamos a leer.

¿De verdad no podría ser así mi vida? Amelia trabajando en la ciudad, Cris y yo recogiéndola. Él yendo al colegio de Dusty Creek. Viviendo la vida familiar que siempre he deseado.

Y no es solo por él. Es por ella. Cada día intento acabar lo antes posible solo por verla, porque me mire o me hable, por pasar un rato con ellos. Incluso Juan se parte de risa por ver hacer mi trabajo tan deprisa. Diría que han apostado por si se queda o no. Y no me importa. Yo lo apostaría todo por ella.

Caminamos entre risas hacia el restaurante, pero por dentro, estoy molido. Necesito saber si de verdad podré seguir viendo a Cris, ya que no podría vivir sin él. Y sin ella, pero lo soportaré si es lo que desea. La paro un momento y la miro preocupado.

—Te ruego por favor que me permitas tener una relación con él. Aunque sea por vídeo llamada. Y podéis venir siempre que queráis al rancho.

—Claro, Mateo —dice y creo que está emocionada. Asiento, porque la besaría, porque le diría que me he enamorado y no puede ser. Se iría. Me agacho y le digo cualquier cosa del escaparate sin mirarla a ella. Y luego, nos vamos a comer.

A la vuelta, Cris se ha quedado dormido atrás Y ella mira por la ventana abierta. Voy despacio, porque quiero estar un rato más a solas. Ella se gira hacia mí.

—Hemos comido de maravilla. Al probar el pollo me trajo muchos recuerdos.

—Esa noche entramos de hurtadillas al granero —comento con una sonrisa.

—Yo creo que fue cuando concebimos a Cris. No sé por qué. Fue

mágico.

—Lo fue, Amelia —suspiro, pero no me atrevo a seguir. Me recuerdo a mí mismo que está claro que ella no quiere más.

Seguimos en silencio, pero no se me hace incómodo. Ella mira por la ventana, apoyada en el lateral y con el rostro pensativo. Debo forzarme a mirar hacia delante, a no decirle que no quiero que se vayan, que sé que lo que siento por ella es amor. Joder. Esto va a ser una putada.

Llegamos al rancho y veo otro coche. Belinda. Aparco rápido y mientras Amelia saca a Cris, me acerco a ella, que sale del rancho con una sonrisa. Se lanza a mis brazos y me besa, pero la aparto.

—¿Qué haces aquí?

—Tex, te echaba mucho de menos y quiero que tengamos otra oportunidad.

Amelia y Cris pasan justo a mi lado y ella los mira y me mira.

—Lo siento, pero nosotros ya no somos nada. Amigos, si quieres.

—¿Te has liado con una madre? No puedo creerlo, Tex —dice apartándose.

—No es eso, Belinda. Es mi hijo, de una relación anterior. Solo está de visita.

—Ah, bueno. Entonces, ¿qué te parece si salimos a cenar y hablamos?

—En realidad, no hay mucho de qué hablar. Tenías toda la razón. Tú pusiste todo en la relación y yo no pude. Ahora entiendo por qué. Lo siento mucho.

—Así que el fantasma que no me decías era ella.

—Sí.

Ella mueve la cabeza y sonríe con tristeza.

—Es una pena, Tex. Sigo creyendo que éramos el uno para el otro. Te deseo lo mejor.

Se mete en el coche y se va. Suspiro. Tendré que darle una explicación a Amelia. Cuando entro, mi madre me señala su habitación. Ella está allí, recogiendo su ropa.

—¿Qué haces? Os ibais a quedar al rodeo.

—Estoy en medio, estoy, estamos…

La paro y la tomo de la cintura.

—Estuve con ella, es cierto. Pero jamás llegamos a comprometernos. Y eso es porque no olvidé a otra persona. Amelia, por favor, quédate.

Ella se calma y limpia mi boca. Puede que lleve carmín de Belinda. Paso mi brazo con fiereza, no quiero que quede rastro de ella porque deseo besarla. Acaricio su rostro.

—Eres tú la que me gusta, Amelia. Ni una más. Solo tú. Solo estaría contigo.

Apoya las manos en mi pecho y sonríe un poco.

—Me moría de celos, Mateo. Eso no está bien. No tengo derecho.

Sonrío satisfecho.

—Me encanta y eso es porque sientes algo.

—¿Y cómo no hacerlo? Eres una gran persona, trabajador y tan atractivo… pero no sé si esto es un espejismo, debido a nuestros recuerdos juntos y que, cuando vuelva a casa, todo se irá y yo me quedaré muy mal.

—O podrías vivir aquí. Me han dicho que pondrán Internet en un par de días. Y tu madre puede venir aquí cuando quiera, hay habitaciones de sobra. Hasta tu tía o tu hermana. No la acercaremos a Darius.

Se separa.

—Tengo que pensar, Mateo. Dame un tiempo, ¿vale?

—Me parece bien. Al menos no es un no.

—No, no lo es —contesta ella. Sin más, se pone a deshacer la maleta y salgo, aliviado.

Mis padres me miran y sonrío. Suspiran y se dan la mano. Cris anda echado con Sol y Luna delante de la chimenea y no se ha enterado de nada, afortunadamente.

Ella sale y se disculpa, pero mis padres la abrazan y tomamos a Cris y a Gordito y salimos a pasear. Juan me informa de que hay un problema con una vaca, así que tengo que dejarlos. Me monto al caballo rápido, casi de un salto y galopamos hacia el prado.

Hay un par de vacas que parecen enfermas. Pasamos el rato examinando a las más cercanas y las separamos. Cuando nos damos cuenta, son ya las once de la noche.

Dejo a un par de vaqueros y me voy a casa, sudado y frustrado. Así es mi vida. Es normal que no quiera pensar en vivir aquí.

Cuando entro, la casa está en silencio, se habrán ido a la cama. Me doy una ducha y salgo a mi habitación para ponerme el pantalón del pijama. Llaman suavemente a la puerta.

—Pasa.

—Te he escuchado —dice ella vestida con un liviano camisón. Se me hace la boca agua, pero disimulo como puedo—. ¿Todo bien?

Se sienta en la cama para escucharme. Se lo cuento todo, y parece incluso que le interesa. Me pregunta si es grave, le digo que no. Estamos hablando un rato hasta que disimula un bostezo.

—Deberías dormir —digo. Ambos estamos sentados en la cama, pero he dejado algo de distancia, por si acaso.

—Tu padre ha dicho que mañana había una fiesta prerodeo y que venía mucha gente a la barbacoa. No sé si nosotros deberíamos…

—Amelia, sois mi familia. Y estoy muy orgulloso de poder presentaros. Por favor. No te vayas… mañana.

Añado lo de mañana, porque para mí es un no te vayas nunca. Ella asiente y se levanta. Su cuerpo se transparenta ligeramente y noto una erección automática. Se gira para mirarme y sonríe.

—Buenas noches, Mateo. Y gracias por todo.

Se marcha. Y no, no quiero escuchar de sus labios un gracias. Solo quiero que me diga mi nombre cuando le haga el amor o cuando beba de su humedad, cuando lama sus pechos. Que gima y jadee cuando entre en ella y me mueva con fuerza.

Sin darme cuenta, mi mano ha ido a mover mi polla y acabo corriéndome. Joder, parezco un puto adolescente.

Limpio todo y me acuesto. Si ella supiera cuánto la deseo…

Capítulo 14

Fiesta antes del rodeo

Amelia

Estoy más que nerviosa porque todos sus amigos y conocidos van al rancho. El rodeo es muy importante porque los rancheros de la zona no solo muestran sus ejemplares, sean grandes o pequeños, sino que se divierten montando caballos salvajes. Algo que Mateo ha prometido no hacer.

Cris y yo ayudamos a poner las sillas, los manteles. Hay mucho personal y Juan, que es un chico encantador, siempre está bromeando conmigo y con su sobrino, como le llama.

Gordito se mete por las piernas de todos y al final hemos tenido que llevarlo a un corral donde han encerrado a Sol y Luna. Cris va a verlos de vez en cuando para llevarles comida y la verdad, no parece importarles.

Llegan Noah y Juli, que me dan un abrazo. Con ellos me siento muy cómoda y también con Bianca, que vendrá más tarde. Todavía no conozco al tal Logan y a Darius no quiero ni verlo.

Todos andamos como locos y los chicos están preparando varias

barbacoas. Acudirán unas cincuenta personas. Dentro de la cocina, algunos preparan ensaladas. Yo estoy colocando platos y vasos cuando se acercan dos tipos. Uno es Darius. El otro es alto y atlético, con el cabello rubio muy corto y una sonrisa irónica en su cara.

—Mira, Logan, es ella. La que tiene pillado a Tex.

Él me mira de arriba abajo, bastante descarado.

—Hola, Logan, soy Amelia. He oído hablar de ti, por Bianca.

Se le cambia la cara por un momento y Darius se ríe, pero ni lo miro.

—Estoy ocupada, si buscáis a Mateo no sé dónde está.

Me giro y escucho.

—Al menos tiene buen culo, le calentará el colchón hasta que se vaya.

Me vuelvo sonrojada. Ha sido Logan y antes de que pueda decir nada, Bianca, que no andaba lejos, le da un puñetazo en el brazo.

—Si vas a ser tan gilipollas como tu amigo, te vamos a mandar a tomar por el culo, Logan. ¿Qué coño te crees que haces?

Él la mira, serio. Ella le responde, retadora. Darius suelta una risita y veo a Mateo, que se acerca deprisa. Se pone a mi lado.

—¿Qué pasa? ¿Pasa algo?

Me mira y no quiero joderle su amistad.

—Qué va. Nada. Darius me estaba presentando a Logan, sin más.

Mateo se queda tranquilo y se los lleva, no sin antes ver el rostro de los dos ligeramente asombrado. Bianca se queda conmigo.

—Te lo agradezco. Estos dos son un par de idiotas, pero no querría que riñeran.

—Yo tampoco, pero tienes razón, son idiotas a nivel máximo.

Ella se echa a reír y me da un abrazo. Mide al menos metro

ochenta y es atlética, a su lado parezco una niña.

—Estás enamorada de Logan. Y no es una pregunta.

Ella me mira, sorprendida y mira alrededor. Luego, se encoge de hombros.

—Es mi jefe y bastante idiota. Somos amigos desde críos. Pero no soy su tipo, le gustan más las mujeres delicadas, manejables, con curvas. Yo podría pelearme con él y quizá hasta le ganase.

—Pues pasa de él, Bianca. Eres una mujer maravillosa.

—Ya me gustaría, pero verlo cada día me jode las intenciones.

Me vuelvo a reír y se acerca Juli.

—Hola, chicas, ¿ayudo?

—Estoy poniendo cubiertos y vasos. Si queréis, acabamos y nos tomamos una cerveza.

—Uy, yo una cerveza no —dice con una sonrisa. Nos volvemos y ella sonríe más amplio—. Sí, pero todavía no lo hemos dicho a nadie. Noah está tan emocionado, que el día que hicimos la prueba, no pudo ni dormir. Ya está pensando en cómo preparar la casa para un bebé, y si le pondremos posters de estrellas.

—Es muy bonito, Juli. Tener un bebé es lo mejor —suspiro—, sobre todo si estás con alguien que besa el suelo por donde pisas.

—Sí, pero según Noah, Mateo está enamorado de ti —chasquea la lengua cuando ve mi cara—. No te lo ha dicho, ¿no? Estos hombres…

—Sí me ha comentado que le gustaría que me quedase, pero probablemente es por Cris, aunque es cierto que pasamos muy buenos días entonces. Pero la vida ha cambiado y además, tengo a mi familia en la ciudad. No quiero dejarlo todo sin saber que lo nuestro podría funcionar, aparte de ser padres, ser pareja.

—Si no lo pruebas, no lo sabrás —dice Bianca dejando las servilletas—. Vamos a por una cerveza y un refresco para la

preñada.

Nos echamos a reír y nos acercamos al cubo con hielo donde están todas las bebidas. Luego, nos vamos bajo un árbol a la sombra.

—Os quiero agradecer el recibimiento que me habéis dado. Darius está convencido de que solo quiero el dinero de Mateo y no es verdad. Puede que no sea rica, pero soy autosuficiente. No lo necesito.

—Darius es un gilipollas —dice Bianca—, y necesitaría una mujer que lo pusiera firme o le diera un par de hostias.

—Oye, ¿entendí mal o dijo Noah que se había liado con tu hermana?

—Entendiste bien. Ahora se odian. Y no sé qué pasó, la verdad. Mi hermana Eva es totalmente distinta a mí. Es dura y no se deja machacar por nadie. Es fiscal.

—¡Bien por tu hermana! —exclama Bianca.

—¿Y tú qué tienes que decir sobre…? —pregunta Juli dudosa. Me mira.

—Ya sé quién le gusta. Y no lo voy a nombrar. Deberías darle celos o algo, no sé, que se diera cuenta de que otros hombres te desean. Eso me decía mi hermana hace años —digo y ella parece pensarlo.

—En realidad, puesto que sé que no tengo futuro con él, casi prefiero poner la vista en otro que de verdad me aprecie. A mí también me gustaría ser madre. Incluso he pensado en hacer una fecundación in vitro. Mi padre, al que creo que conoces de la biblioteca, está deseando retirarse y tener bebés que cuidar.

—Yo siempre quise tener varios hijos —digo suspirando—, y me parece que Mateo también. Pero no estoy tan segura de quedarme.

—Puedes probar, a ver qué pasa —dice Juli.

—¿Y el colegio de Cris? ¿Y si lo cambio y no se adapta o no le gusta o nos tenemos que ir y sería otro cambio?

—No te agobies, Amelia —contesta Juli—. Tu hijo se ha vuelto un pequeño salvaje aquí en el rancho y sería feliz en otro colegio. No parece tener problemas para relacionarse.

Suspiro, dándole la razón. Está jugando con otros niños, corriendo y riendo por todas partes. Mateo y Noah se acercan con una cerveza. Ambos sonríen y Mateo se acerca a Juli que se levanta para darle un abrazo.

—Enhorabuena, tener un hijo es el mayor regalo de la vida.

—Lo es —dice ella.

—Vamos a empezar a comer.

Mateo extiende la mano y me levanta con tanta fuerza que acabo en sus brazos. Sonríe y me da un suave beso en la mejilla, que me hace sonrojar. Bianca protesta.

—¿Y a mí quién me levanta?

Noah se echa a reír y le toma la mano para hacerlo. Nos vamos charlando de todo y de nada hasta las mesas a la sombra, donde ya han puesto las ensaladas. Cris viene con la cara sucia y me meto a lavar las manos con él. Escucho a Darius hablar por teléfono.

—No me toques los cojones, Bass, no te venderé mi sitio y puedes demandarme las veces que quieras, pero no conseguirás nada. Recuerda que soy abogado.

Me quedo quieta, pero Cris, quiere salir. Lo entretengo peinándolo para que él se vaya.

—Acabaré contigo y es una promesa.

Lo escucho salir y Cris hace ruido. Él abre la puerta y me mira mal. Cris se agarra a mí, asustado y Darius se agacha para hablar con él.

—No tengas miedo, chaval. Es solo que tengo mal genio. No

pasa nada.

Me mira, ¿arrepentido?, y se marcha fuera. La verdad, me ha puesto los pelos de punta. Cris tira de mi mano.

—¿Ese señor es malo? ¿No es amigo de Tex?

—Como te ha dicho, no es malo, solo que tiene mal carácter.

—La tía tenía una foto suya en la cartera. La vi cuando se le cayó al suelo. Estaban los dos abrazados.

—No tiene importancia, Cris. Anda, vamos a comer, estoy hambrienta.

Cuando salgo, él está ahí, mirándome raro, pero no quiero saber nada de él, así que salimos al jardín. Mi hijo va corriendo con otros niños, les han puesto una mesa especial y tienen pasta para comer. Me siento al lado de Juli. Mateo se coloca del otro lado y enfrente está Bianca con Logan. A su derecha, un hueco, imagino que para Darius.

Mateo coge un botellín y agradece a todos. Como veo, son empleados, amigos y sus familias. La barbacoa ya chisporrotea, cargada y él va a ayudar, hasta que Juan lo aparta y se sienta a mi lado, oliendo a humo. Me mira con una sonrisa. Se le ve feliz y acaricia la mano que tengo apoyada en el banco corrido.

—Hoy es un día estupendo —dice Noah—. Juli y yo vamos a ser padres.

Logan y Darius lo felicitan, Mateo sonríe feliz, y nosotras también. Bianca les hace ciertas bromas sobre el tema de dormir por la noche.

—Se te acabó follar, Noah, con un bebé, es imposible —dice Darius. Es muy desagradable.

—No sabía que tenías hijos, Darius. Se ve que tienes experiencia —le digo poniendo cara de inocente. Él niega y Mateo se echa a reír, seguido de Noah. Él aprieta la mandíbula y bebe cerveza. Puestos a

que me tenga manía, puedo decirle lo que quiera. Bianca me guiña el ojo.

La comida transcurre más o menos bien. El tipo arrogante sigue callado, pero no me va a empequeñecer. Ya me enfrenté cuando lo de mi hermana. Y si tocan a mi familia o mis amigos, me enfado. Puede que sea la única vez que lo hago.

Noto la mano de Mateo acariciándome la espalda, me giro y le sonrío. ¿Es verdad que está enamorado de mí? ¿Cambiaría toda mi vida por él?

Suspiro y sigo comiendo mientras hablamos de la ciudad, de niños, del rodeo. Cuando todos se marchan, recogemos el jardín. Se nos ha hecho muy tarde, y ya he acostado a Cris. Sus padres han estado sentados con la abuela de Juli y parecen haberlo pasado muy bien.

Son casi las once cuando ya no queda nadie. Mateo me mira y me toma de la mano para que me siente con él en el balancín.

—Cinco minutos para descansar, Amelia.

—Sí, desde luego.

Me apoyo y subo los pies, él sonríe y mueve el balancín con sus largas piernas.

Solo estamos, en silencio, mirando las estrellas. Cabeceo y él se levanta, me tiende la mano.

—A dormir. Ha sido un día genial, Amelia. Me alegro de que te lleves bien con todos.

—Excepto Darius, que es bastante idiota.

Se echa a reír.

—Lo sé. Pero en el fondo es un tío con muchas capas, no sé si me explico. Antes no era así.

—Ponerse capas y cerrarse al mundo no ayuda nada —digo bostezando. Me abre la puerta y paso al baño. Luego él. Dejo la

puerta abierta y me asomo cuando él sale.

—¿Necesitas algo?

—¿Es posible que… que pudieras dormir conmigo, aunque solo fuera eso?

—¿Dormir en tu cama? Me encantaría. Me cambio y paso.

Sonrío por la rapidez en ir a su habitación y volver con el pantalón. Yo tengo mi camisón puesto y me echo en la cama.

—¿Te gusta algún lado?

—No te digo cuál me encantaría.

—Me da igual, de verdad. ¿Cuál?

Sonríe con cara de pillo.

—El de arriba.

Me sonrojo y muevo la cabeza. Él sonríe.

—Tú preguntaste.

Apoyo la cabeza en la almohada, mirando al techo y él se gira hacia mí. Pasa su dedo por mi brazo, poniendo mi vello de punta. Voy a hablar cuando él me interrumpe.

—Lo sé, solo dormir. Pero tu piel me llama demasiado.

No sé qué decir, así que se gira hacia el otro lado y miro sus anchas espaldas. Yo también querría tocarlo. Pero sé que si empiezo a hacerlo, no podré parar, y él seguro que tampoco.

Me giro hacia el lado contrario y cierro los ojos. Quizá he cometido un error.

Capítulo 15

¿Un error?

Mateo

Me despierto algo despistado, pero cuando me doy cuenta de que ella está acurrucada en mi pecho, me pasan dos cosas. La primera es completamente fisiológica y me aparto para que no note mi excitación. Pero la segunda es que verla dormir en mis brazos me emociona tanto que no puedo evitar que mi corazón se alborote. Acaricio su espalda con suavidad, sintiendo su dulce aroma y me tengo que levantar, por mucho que me pese, o acabaré explotando.

Sin hacer ruido, salgo de la cama y voy directo a la ducha. Noah me dijo ayer que me declarase, que le dijera que estoy enamorado, que seguro que ella siente algo por mí.

Pero me da miedo alejarla. Si le digo que la amo y ella no siente eso por mí, la alejaré. Y eso sí que no podría soportarlo. Me marcho a dar una vuelta. Apenas amanece pero mi mente sigue nublada. Voy a visitar a todos los potrillos que hoy exhibimos en el rodeo. Están bien cepillados y limpios. Tenemos dos grandes caballos sin domar, que son los que montará el especialista que viene de lejos

para hacer la exhibición.

Me monto en mi caballo castaño. El sol empieza a despuntar y me remango un poco. El caballo entiende que hoy no trotamos y se desliza perezoso por el prado. Los rayos de sol sacan brillos de su lomo. Me quito el sombrero y aprovecho para peinarme un poco. Casi sonrío cuando recuerdo a Cris y su obsesión por pasarse el peine. ¿Qué voy a hacer si se van?

Me vuelvo a poner el sombrero y troto un poco hacia los prados, donde han reunido a una pequeña cantidad de vacas, las más lustrosas, para mostrarlas en el rodeo. Veo a Juan a lo lejos conduciendo el pequeño rebaño. En una hora llegan al recinto, así que lo acompaño un rato.

Le doy las indicaciones que él ya sabe, pero aguanta paciente. Mi primo es un tío estupendo y trabaja como el que más.

—Oye, Tex. Amelia…

—¿Qué ocurre?

—No pasa nada. Me cae muy bien, a todos. Y Cris, tu hijo es genial. Nos ha ganado y le tenemos mucho cariño.

—Di lo que tengas que decir, Juan.

—No sé, tío. Pareces colado por ella y ella por ti. ¿Por qué no le dices algo? Pregúntale si se quiere quedar contigo.

—No es tan fácil, Juan.

—¿Por qué? Porque lo veo simple. Oye, Amelia, estoy enamorado y me gustaría comenzar una vida juntos. Si te dice que no, pues al menos, ya lo sabes.

—¿Cuándo has empezado a ser tan sensato? —pregunto con una sonrisa.

—Ser el más joven de la cuadrilla hace que todos quieran aconsejarte y no son malos consejos, primo. Algún día deberías escucharlos. Todos tienen una opinión sobre lo tuyo. Y, la verdad,

nunca te habíamos visto así con Belinda. Ni de puta coña.

—Ya….

—¿Y si te dice que sí, Tex? ¿Y si ella quiere quedarse contigo?

—Tiene su trabajo, su familia, el colegio de Cris.

Mi primo bufa y mueve la cabeza.

—Me ha dicho tu madre que puede trabajar con el portátil en casa, que ibas a poner Internet y si su madre y su hermana quieren venir de visita tienes habitaciones de sobra. Además, Cris ya conoce a algunos niños que van al colegio de Dusty Creek. Y el autobús escolar pasa cerca. Entonces, ¿a qué demonios esperas? ¿A que se vaya para siempre?

Me remuevo incómodo en la silla. Podría habérmelo dicho de otra forma, pero ha sido claro. Meridiano.

—No quiero que se vaya. Tienes razón, estoy enamorado.

—Inténtalo, primo. Nosotros te apoyamos y si te dice que no, beberemos juntos.

—Tienes veinte, tú no puedes beber —digo con una sonrisa.

—En público, no —sonríe pícaro—. Entonces, ¿le vas a decir algo?

—Joder, vale. Después del rodeo. Ahora tengo demasiado en la cabeza.

Él sonríe y silba a las vacas. Lo veo alejarse con un sentimiento un poco encontrado, pero tiene toda la razón. Se lo diré después del rodeo. Le diré que quiero que se quede, que estoy enamorado y que si desea ir despacio, lo haremos así.

Con ese convencimiento, paso la siguiente hora revisando los caballos y después me voy a la casa, para ducharme y ponerme el traje de vaquero.

Cuando llego, solo está mi madre.

—Papá los ha llevado a la zona del lago. Se ve que vio una

familia de patos el otro día. ¿Qué tal vas?

—Bien, mamá. Creo que le voy a decir algo después del rodeo. Le diré que se quede conmigo. Con nosotros.

—Ya era hora, hijo. Ella también se la ve enamorada y nunca te habíamos visto así.

—Lo sé, lo sé. Pero puede que me diga que no.

—O puede que te diga que sí, Mateo. No lo sabrás si no se lo preguntas.

—Me voy a duchar y a vestir. Me adelantaré y luego acudís.

—Como siempre. Tranquilo, cariño. Lo harás bien.

Le doy un beso a mi madre y me ducho. Mi traje de vaquero es elegante, con una camisa blanca, pantalones azul oscuro y chaqueta a juego con detalles plateados. Mi ascendencia es Mexicana y mi madre tomó la idea de unos mariachis. Incluso el sombrero va a juego. Cuando salgo, ella me mira con aprobación.

—Estás guapísimo, Mateo. Menudo hombretón.

Salgo a buscar mi caballo cuando ellos vuelven. Ella se me queda mirando con la boca abierta. El efecto que parece hacerle mi traje me gusta, me llena de orgullo.

—Tex, qué traje tan chulo —grita Cris viniendo hacia mí, pero ella lo para.

—No lo toques que llevas las manos sucias. Estás estupendo, Mateo. Muy guapo.

—Gracias, Amelia. Me tengo que ir, luego vendréis con mis padres.

—¡Sí! ¡Sí! —exclama Cris emocionado. Le doy un beso en la cabeza y luego otro a ella en la mejilla sonrosada.

Después, me subo en el caballo y me marcho hacia el recinto que han montado. Estoy muy feliz, porque le diré lo mucho que la quiero.

Cuando llego, nuestros caballos ya están en su lugar y los potrillos, aunque parecen nerviosos, están acompañados de un par de empleados. Juan llega entonces con las vacas. Hay jaleo, ruido, mal olor y pienso que todo esto es lo que amo.

El capataz, Fernando, se acerca a mí muy serio.

—Tex. Joder, qué mala suerte.

—¿Qué ocurre?

—Pues el tipo de la exhibición, que ha tenido un accidente y no llegará.

—¡Joder! Pero nos tocaba al rancho Navarro hacer la exhibición de este año.

—He preguntado si había algún profesional libre, pero no pueden.

—No pasa nada, los montaré yo.

—No, Mateo. Joder. No has practicado con ellos.

—Llevo montando a caballo desde los dos años y en la edición anterior monté a Blackmoon. Estos son otros, sin más.

—Y te caíste. Casi te jodes la espalda. Le diré a la organización que nos ha fallado el jinete.

—He dicho que no. La gente se quedará muy decepcionada. Parece mentira que no confíes en mis habilidades, tío Fernando.

—Confío en ellas, pero estos dos caballos son muy salvajes. No querrás caerte. Acabas de recuperar a tu hijo, tal vez a ella.

—El rancho es muy importante. No se hable más. Lo haré yo. Consígueme la ropa.

Frunce el ceño, pero lo acepta. Llevo toda la vida montando a caballos salvajes y no me van a sorprender. Los he observado, sé cómo van a actuar.

Paseo por los puestos, saludando a otros rancheros, hablando con ellos sobre la situación, nuestros problemas, todo en general.

Veo a mis amigos con sus parejas que se sitúan en la grada y los saludo con la mano.

Al poco, llegan mis padres con Amelia y Cris. Me saludan desde lejos y yo les sonrío. En media hora me tocará salir con los caballos. Voy a verlos, están pifiando inquietos, pero murmuro algunas palabras tranquilizadoras y parece que se calman. Fernando me trae la ropa de montar con el rostro serio.

—No se lo habrás dicho a mis padres.

—No, pero se van a disgustar contigo y enfadarse conmigo por no impedírtelo. Eres padre, hombre.

Me echo a reír.

—Hay muchas cosas que se pueden hacer siendo padre. Ve a prepararlos, salgo enseguida.

Me quito mi traje de gala y me pongo el de vaquero, camisa clara, remangada, pantalones de trabajo, un sombrero normal y las protecciones. Ya estoy preparado. Subo al cajón donde está el caballo que se remueve dentro de lo poco que puede. Mi tío le coloca la silla y el caballo se inquieta.

—Todavía puedes cambiar de opinión, Tex —dice mi primo que también está ahí.

—Ya está bien, hombre. Voy a salir.

Trepo por la valla y me dejo caer en la silla. El caballo se prepara para desmontarme, pero aprieto las rodillas y cuando anuncian mi turno, la puerta de la cerca se abre y sale volando. Levanto la mano, agarrando las riendas, mientras el caballo cabecea y da coces. El sudor corre por mi espalda, pero yo soy fuerte y puedo con él. Lo intenta, pero al final, mi voluntad es más fuerte que la suya y tras unos minutos, acaba aceptando que yo soy quien manda.

Doy un paseo por el corral mientras aplauden. Cuando paso por delante de la grada, Amelia tiene las manos en la cara, asustada,

mis padres están muy serios y Cris ha escondido la cara en el pecho de su madre. Me tocará dar explicaciones.

Me meto dentro de la cuadra y sale otro vaquero. Todavía queda Silver, que es una yegua bastante fiera. Mi padre y Amelia se acercan.

—¿Qué pensabas, hijo? ¿A qué viene esto? Dijiste que no volverías a montar.

—El vaquero ha fallado. Alguien tenía que hacerlo.

—¿Y por qué tú? —dice Amelia. Se nota que ha llorado. Acerco mi mano y acaricio su cara.

—Hay cosas que se deben hacer. Volved a la grada, por favor. Y tranquilos. No ha pasado nada ni va a pasar.

—¿Vas a montar también a Silver? —pregunta mi padre. Me encojo de hombros.

Amelia se va corriendo y él la sigue. Supongo que se enfadarán, pero son circunstancias especiales.

Me acerco al corral donde han puesto a Silver, una yegua blanca preciosa, pero muy temperamental. Todavía no han logrado ponerle la silla. Sus ojos están muy abiertos, puede que tenga miedo.

—Ten cuidado, Tex —dice Juan—. Está muy nerviosa. Hay petardos por ahí y le asustan esos ruidos.

—Gracias por el aviso.

Subo de nuevo a la cerca y me deslizo muy despacio sobre Silver. Ella se remueve, pero lo acepta. Me agacho sobre su cuello, la acaricio y murmuro unas palabras tranquilizadoras. Cuando avisan, abren la cerca. Ella sale como esperaba, salvaje. Rodea el circuito, patalea, cabecea y miro a la grada. Esa distracción hace que salga disparado. La gente grita, pero me levanto y saludo. Estoy bien. No me duele nada.

Hay un suspiro de alivio. Recojo mi sombrero y me lo coloco y

me acerco a la yegua, que parece nerviosa. Hablo con ella, acaricio su morro y la tranquilizo, hasta que deja de pifiar. No voy a volverla a montar, pero sí la llevo al establo de las riendas.

Entonces, alguien tira un petardo y ella patalea, me da en la espalda y caigo al suelo con un gran dolor. Después, la oscuridad me envuelve.

Capítulo 16

Caballos salvajes

Amelia

—¿Es Mateo? ¿No dijo que él no montaba?

Sus padres están pálidos mientras lo miramos cuando intenta sostenerse en el caballo. No deja de ser muy atractivo y hasta sensual, pero no es en lo que pienso, sino en esa caída. Incluso sus amigos están tensos.

—No iba a montar.

El caballo es muy salvaje y me estoy poniendo enferma. ¿Y si se cae? Cris se asusta cuando salta tanto y se esconde en mi cuello, sin querer mirar. Después de unos momentos angustiosos, consigue calmar al caballo y nos mira sonriendo. Pero no yo puedo devolvérsela. Estoy aterrada.

Cuando se mete, su padre me dice que vayamos a hablar con él. Dejo a Cris lloriqueando en brazos de su abuela.

Me lleva por los vericuetos del recinto hasta que llegamos a verlo. Es cierto, vestido así está realmente atractivo, pero no puede ser. Y lo peor, es que va a volver a montar. No puedo ni hablar, ni

quiero que me vea llorar.

Antes de subir otra vez a las gradas, me apoyo en la pared, llorando amargamente. Si le pasa algo… si… no quiero que se caiga. Lo… amo y no podría….

Alguien me toma del brazo y me acuna en su pecho. No sé quién es, pero lo necesitaba.

—Le quieres mucho. Y no es una pregunta.

Me aparto deprisa. Es Darius. Me mira con el rostro serio.

—Va a volver a montar, ¿y si se cae?

—Confía en Mateo, sabe lo que hace. Aunque no debiera haber montado.

—Dice que el que había contratado les ha fallado.

—Qué putada. Tu hijo está llamándote, deberías calmarte y volver.

Miro a Darius.

—¿Por qué eres amable de repente?

—Quiero a Mateo. Y quiero lo mejor para él. Y por lo visto, eso debes de ser tú.

Se marcha sin que pueda contestarle, pero me limpio la cara y ensayo una sonrisa. Cuando llego a la grada, Cris está más tranquilo, hablando con Noah y al llegar, me abraza.

—¿Va a montar en otro caballo salvaje?

—Eso creo. Pero es un buen jinete.

—Me dan miedo los caballos.

—Ya sabes que todos no son así. Solo estos dos. Esperemos.

Lo abrazo mientras veo a Mateo salir sobre una yegua blanca. Su padre aprieta los labios. Me da la mano. Todo parece ir bien y nos vamos tranquilizando, pero cuando lo tira, todos nos levantamos asustados. Él se pone de pie enseguida, recoge su sombrero y nos saluda. Respiramos cuando coge las riendas y se dirige a la cuadra.

Pero el sonido de unos petardos agitan a la yegua que se levanta de manos y le da una coz en la espalda de Mateo. Grito y dejo a Cris con Noah. Salgo corriendo a través de las gradas, desesperada. Se llevan a la yegua y llegan los paramédicos.

No sé si grito, o lloro, pero cuando llego allí, me apartan con suavidad.

—¡Es mi marido! ¡Es mi marido! —grito y una paramédico me deja pasar. Examinan la coz en la espalda y me miran.

—Lo llevamos al hospital. La columna está dañada. Puede venir.

Con mucho cuidado lo giran y lo echan en la camilla. Me subo en la ambulancia mientras llegan sus padres. Les hago un gesto que les llamaré. Me siento al lado de Mateo, mientras los paramédicos le ponen gotero. Acaricio su rostro.

—Mateo, mi amor. Mateo.

Él parpadea. Me mira, pero tiene los ojos vidriosos.

—Amelia….

—Estoy aquí. Cuando estés bien, hablaremos tú y yo de la tontería que has hecho —digo llorando. Él esboza una pequeña sonrisa.

Luego, vuelve a quedarse inconsciente, pero no suelto su mano. Llegamos al hospital y lo meten deprisa al quirófano. Me quedo de pie, abrazándome, temblando y alguien me lleva a una sala de espera.

—Espere aquí, la avisaremos, señora Navarro.

Asiento. Al poco, llegan sus amigos y su padre.

—No sé nada todavía —digo desesperada. Su padre me abraza.

—Cris está con la abuela, Juli los llevó a casa.

—Estará aterrorizado.

—Bastante nervioso.

Asiento. Alguien pone una botella de agua delante de mí y bebo.

Pasan las horas y no puedo ni sentarme. Paseo por la sala, mirando hacia fuera cada dos minutos. Noah se pone delante de mí.

—Amelia. Tex es muy fuerte, saldrá de estas como ha salido de otras. Ya lo verás.

Me echo a llorar y me abraza, consolándome. Me acompaña para que me siente y Bianca me da la mano. La espera me está destrozando.

No sé cuántas horas han pasado, hasta que llega una doctora que pregunta por sus familiares. Su padre y yo nos levantamos y nos lleva aparte.

—La operación ha ido bien, es decir, Mateo la ha superado, pero… la coz seccionó una parte de la médula y aunque hemos hecho lo posible, no sabemos si realmente se recuperará.

—Pero ¿qué quiere decir? —pregunta su padre. Él y yo nos hemos cogido de la mano.

—Pues que no sabemos si volverá a caminar, depende de cómo cicatrice. Hay una posibilidad del sesenta por ciento de que no lo haga. Lo siento mucho. Pueden pasar a verlo.

Nos miramos, horrorizados.

—Si hay un cuarenta por ciento, mi hijo lo aprovechará. Tiene muchas razones por las que vivir —dice convencido.

La acompañamos y llegamos a la habitación. Está sujeto con hierros y un collarín. Su padre le da la mano y él se la aprieta. Después de hablar un rato, dice que va a buscar a su madre. Nos quedamos solos.

Se gira hacia mí.

—Lo siento, Amelia.

—No es tu… culpa.

Estoy enfadada y él abre su mano. La tomo.

—Al menos las manos me funcionan. Pero no sé lo demás. Hay

posibilidades, me han dicho.

—¿Por qué has hecho esa tontería, Mateo?

Me echo a llorar y él me atrae contra su pecho. Me apoyo en él, llorando y me abraza. Levanto la cabeza.

—No deberías consolarme a mí. Eres tú el que estás en la cama.

—Estás enfadada y es normal. Pero me recuperaré. Ya lo verás.

Le sostengo la mano y él acaricia mi rostro. Poco a poco voy calmándome. Sus amigos se asoman y él les invita a pasar.

—Joder, tío, voy a pillar a quien tiró el petardo y lo voy a demandar —dice Darius enfadado.

—No, de verdad. Sería algún crío. Déjalo.

—Lo importante es que te recuperes —dice Noah también serio —, iremos a tocarte las narices lo que sea necesario para ello.

Arranca una sonrisa de Mateo, pero no me ha soltado la mano. La acaricia muy suavemente y eso me tranquiliza.

—Lo bueno, es que las manos y la lengua te funcionan de momento —dice Logan. Darius se ríe y Noah mueve la cabeza.

—Qué capullo eres, Logan —dice Mateo, pero no se ha enfadado.

Bianca se pone a mi lado y los mira mal. —Si vais a ser tan idiotas será mejor que os vayáis. Lo mismo tiene que descansar. Venga, vámonos todos y lo dejamos tranquilo con Amelia.

Se los lleva y casi se me escapa una sonrisa. Aprovecho para peinar un poco el cabello revuelto de Mateo y él me mira fijamente.

—En eso tiene razón Logan.

—¿En qué?

—En que un hombre puede hacer muchas cosas con las manos y la boca. Al menos, temporalmente.

—¡Mateo! Esto no es una broma —suspiro—, entonces, ¿no sientes los pies?

—Nada de cintura para abajo, Amelia.

Me acerco al final de la cama y levanto la sábana. Rozo sus piernas, sus pies y él niega. Lo vuelvo a tapar.

—Te recuperarás, ya lo verás. La doctora ha dicho que es posible.

—Es posible, sí. Pero también puede ser que no. Amelia, yo… quiero decirte que… no te sientas obligada a quedarte por estar así. Puedes… seguir tus planes.

Antes de que pueda contestar entran Fernando, Juan y sus padres. Me retiro para que su madre pueda abrazarlo, lo mismo que su familia. Hablan un rato, su madre sin duda ha llorado. Luego se acerca a mí.

—Cris está con Juli. Quería verte, ¿podrías hacer una vídeo llamada? Se quedaría más tranquilo.

Se lo comento a Mateo, que acepta al segundo. Llamo a Juli y ella se pone con Cris, que mira asustado a la cámara.

—Campeón, estoy bien, no te preocupes.

—Por favor, papi, ponte bien. Me asusté mucho.

Mateo traga saliva. Creo que es la primera vez que le llama papá y nos emocionamos. Habla y bromea un poco con él hasta que le hace reír. Mientras ellos hablan, su madre me lleva aparte.

—Amelia, no sé qué habrás pensado hacer, pero si tú… te tienes que ir… nosotros lo vamos a cuidar.

—Elisa. No quiero irme. Me quedo. No se lo he dicho a él, pero me gustaría quedarme a cuidarlo. Matricular a Cris en el colegio, trabajar aquí. Yo…

—Amas a mi hijo. Pero ahora es una gran responsabilidad, cariño. Él no podrá valerse y habrá que… hacerle todo, ¿comprendes?

—Lo comprendo y lo acepto.

Ella se limpia una lágrima y asiente.

—Entonces, me vuelvo con mi nieto que necesitará un abrazo de la familia. Quédate si quieres aquí y nos iremos turnando. Te traeremos ropa y comida, si te parece.

—De acuerdo. Sé que sois sus padres, pero no quiero moverme de su lado, al menos todo lo que pueda.

—Eso me agrada, hija.

Se despiden todos y Mateo me mira.

—Deberías ir a descansar, aquí estoy bien atendido.

Frunzo el ceño.

—Vaquero cabezota. Pienso quedarme y me da igual lo que digas. No me voy a ir.

—¿No te vas a ir… mientras esté hospitalizado? —pregunta mirándome esperanzado.

—Me quedo hasta que te den de alta y luego cuando estés en casa, o cuando te recuperes. Simplemente, me quedo, Mateo. Nos quedamos contigo.

Él traga saliva y cierra los ojos. Me acerco y le doy un suave beso en los labios. Él se aparta.

—No es justo para ti, Amelia. No en estas circunstancias.

—Ah, mira, ya decidiendo por mí. Me da igual lo que tú digas. Y si no me iré a vivir a casa de tus padres.

Suelta una risa y limpio sus lágrimas. Me mira y acaricia mi rostro.

—Te quiero, Amelia, pero no te puedo pedir algo así.

—No me lo pides. Lo hago porque quiero. Porque te quiero, Mateo. Y no hay más que decir.

—Entonces, ahora toca beso.

Sonrío y me acerco. Nuestro beso es suave, ligero, pero su mano recorre mi espalda y me estremezco. Me aparto y me mira con una

leve sonrisa.

—Si llego a saberlo, me pongo delante de Silver para que me cocee antes.

—No sé cómo puedes bromear con eso.

Me siento a su lado y hablamos un rato. Al menos, no parece conmocionado y puede que sea algo temporal. Rezo por ello.

Los días pasan entre el hospital y la casa. He hablado con mi jefa, y ha aceptado que teletrabaje. En cuando a mi hermana o mi madre, están disgustadas.

Eva me ha gritado cuando le he contado todo, pero la he tranquilizado diciéndole que estoy enamorada y ha prometido venir a vernos con mi madre y mi tía en cuanto acabe un caso muy importante.

Por fin llevan a Mateo a casa. Hemos adaptado la habitación con arneses para que pueda incorporarse, su padre ha instalado una televisión y todo lo que hemos pensado que puede utilizar. Un enfermero que han contratado lo lleva hasta la cama y le ayuda a subirse. Se coloca con una expresión de alivio y cansancio.

—Qué bien estar en casa de nuevo.

Cris está remoloneando. Un día lo llevé al hospital y lo tuve que sacar porque lloraba. Está muy afectado. Mateo lo mira y abre los brazos.

—Un abrazo me vendría muy bien para mejorar, Cris.

Él sube a la cama con mucho cuidado y se sienta a su lado. Mateo acaricia su rostro y cuando me giro, estamos los tres solos.

—Me ha dicho mamá que nos quedamos en el rancho. Y que empezaré el cole nuevo.

—¿Y qué te parece, Cris?

El niño suspira.

—Me gusta vivir aquí. Pero mis amigos del cole o la otra abuelita

y mi tía Eva no están.

—Pueden venir a visitarnos cuando quieran. Tenemos habitaciones libres —dice Mateo. Cris asiente.

—¿Y ahora serás mi papá para siempre?

—Sí —contesta él tragando saliva—, aunque de momento, parece que no voy a poder levantarme de la cama. Tal vez no pueda enseñarte a… ir en bicicleta.

Procuro no llorar, pero Cris mueve la cabeza.

—Cuando estés bien, prefiero que me enseñes a montar a caballo, pero uno de esos que se portan bien. Por aquí la bici no es muy práctica.

Me tapo la boca, no sé si reír o llorar y a Mateo creo que le pasa lo mismo.

—Eso está hecho, campeón. ¿Y qué te parece comenzar en el nuevo colegio?

—Van mis amigos, así que no pasa nada. Y dicen que en el autobús escolar se lo pasan muy bien. Tengo ganas de empezar.

—Eso es estupendo.

—Cris, hay que echar de comer a las gallinas —dice su padre desde la puerta y él le da un beso a Mateo y se va corriendo. Él se echa con los ojos cerrados. Me acerco y le tomo de la mano.

—No sé si puedo, Amelia. Una persona como yo tan…

—La silla te la traen mañana. Al menos podrás salir de la habitación. Tu padre ya ha mandado poner rampas por todas partes. E incluso hemos estado viendo sillas adaptadas.

Traga saliva y besa el dorso de mi mano. —Te prometo que me recuperaré y cuando lo haga, me pondré de rodillas y te pediré que te cases conmigo.

Abro la boca y no sé qué decir.

—Eso es… ¿y si no te recuperas? ¿Nunca me lo vas a pedir?

Él sonríe de lado.

—Si piensas que no me voy a recuperar, estás muy equivocada. Me puede costar un tiempo, pero lo haré.

Me acerco a él y le doy un suave beso. Él acaricia mi costado, pero lo paro.

—Señor Navarro, estamos a plena luz del día. No puedes meterme mano.

—¿Y por la noche? Podrías visitarme. Al menos para dormir juntos.

—No quiero hacerte daño si me muevo.

—No lo harás. Vente esta noche. Por favor.

Suspiro y asiento.

—Tengo que ir a trabajar un rato. Te dejo el mando de la televisión.

Él refunfuña, pero no dice nada. Me marcho al despacho que tenían casi como trastero. Sus padres lo han acondicionado para mí y, aunque la conexión a veces es algo inestable, me da lo suficiente como para trabajar. El día pasa entre unas cosas y otras. Le ha pedido al enfermero que lo asee y no sé por qué no puedo hacerlo yo, pero él insiste en que no quiere darme más trabajo.

Esa noche, paso a su habitación en camisón cuando Cris ya duerme. Se ha movido y ha dejado un sitio para mí.

—Qué ganas tenía de que vinieras a mi cama, Amelia.

Me río suave y me meto con él. Abre el brazo y recuesto mi cabeza contra su pecho desnudo.

—¿En serio? ¿Sin camiseta?

—Sé que te gusta mi cuerpo. Quiero… acariciarte, Amelia. Lo necesito. Por favor.

—No es necesario. No…

Pero él ya me ha tomado y me besa con toda su pasión. Atrae mi

cintura a su costado y su mano se desliza por debajo del camisón, acariciándome la espalda. Gimo en su boca y él arrasa con mi cuello.

—No, no, esto no está bien.

—¿Por qué? Que no me funcione a mí no significa que no pueda hacerte disfrutar. Por favor, déjame llevarte al placer total.

Y cedo. Porque a estas alturas, estoy segura de que lo necesita quizá más que yo. Sus manos me acarician, el camisón desaparece y me mueve para disfrutar de mis pechos, mientras él se mete en mi humedad y me acaricia en círculos. No tardo mucho en balancearme contra su mano, jadeando. Y cuando siento que mi fin está cerca, lo beso con fiereza, dejándome llevar.

—Me encanta, Amelia.

—Eres malo, Mateo —digo y me coloco un poco sobre él, con mi rodilla sobre su muslo. Entonces, lo noto.

Levanto la sábana y la veo, erguida. Hasta él se sorprende.

—No… no me he dado cuenta. ¿Cómo es posible?

—¡Es bueno! Podría… hacer algo.

—O súbete encima, amor, métela a ver qué pasa… si quieres.

—Pero si te hago daño, avisa.

Me coloco encima de él y meto su erección en mí, sin perder de vista su rostro.

—¿Notas algo?

—Sí, noto un poco. Noto el placer. ¡Dios!, esto es maravilloso. Muévete, amor.

Me balanceo y subo y bajo, cada vez más excitada. Él gruñe y me toma de las caderas. Me muevo sutil, para no dañarle, pero entonces él jadea.

—Creo que me voy, Amelia.

Un estremecimiento le recorre todo el cuerpo y noto el calor de su semen en mí, así que me dejo llevar yo también.

Me retiro y miramos su miembro semierguido con una sonrisa.

—Esto se lo tengo que decir a la doctora.

—Ay, es una buena noticia, pero me da apuro.

—Es una maravillosa y memorable noticia —dice él y nos acurrucamos en su cama, con un atisbo de esperanza en nuestro ánimo.

Capítulo 17

De vuelta

Mateo

Al día siguiente, Amelia y Cris se marchan a la ciudad acompañadas de Juan que les va a ayudar a recoger todas sus cosas. Ojalá pudiera ayudarles yo, pero al menos, sé que es para quedarse de forma definitiva.

A pesar de todo, me quiere. A pesar de todo, se quedan. Suspiro aliviado y llamo a mi doctora.

—¿Mateo? ¿Todo bien?

—Mejor que bien. Ayer pude, bueno, pude hacer el amor.

—¿Tuviste una erección y acabaste?

—Sí, doctora. No pude mover las piernas, pero sentí el placer. ¿No es increíble?

—Vente al hospital, te haré alguna prueba. Pero, Mateo, puede que eso no signifique que puedas caminar, ¿de acuerdo? Eso sí, me alegro mucho. Cada paciente es un mundo.

—Mañana por la mañana estaré allí. Gracias, doctora. Estoy muy contento de todas maneras.

—Es para estarlo. Nos vemos mañana.

Cuelgo, feliz y llamo a Noah. Escucho el rugido de una máquina cuando me contesta.

—Un minuto, que me alejo del transformador.

Lo escucho caminar y luego vuelve a hablarme.

—¿Todo bien?

—Mejor que bien. Ayer hice el amor con Amelia, Noah. Y me funcionó bien.

—Oh, Dios Santo. Nunca me había alegrado de que un amigo echara un polvo. En tu caso, es para celebrarlo.

—Sí. Mañana me va a ver la doctora, dice que no me ilusione, pero joder, es una gran noticia. Si esto se va despertando…

—Le daremos las gracias a Amelia por despertar a tu polla.

—No seas así, joder.

Se echa a reír y yo también. Estoy muy feliz. Me cuenta algunas cosas y charlamos un rato. Luego, el enfermero viene y me ayuda a subirme a la nueva silla, para que salga. Las piernas siguen sin funcionarme, lo sé. Pero quizá pueda arreglarse. Se lo comento en privado y él se alegra.

Salimos al porche y él va a por dos cafés. Mi padre se acerca.

—Hijo, qué contento estás hoy.

—Verás, papá. Aunque es algo muy… íntimo, creo que te alegrará saber que cierta parte se ha despertado y funciona… bien.

Me mira con la boca abierta y comprende. Sonríe.

—Me alegro, hijo. Son buenas noticias.

—Eso espero —suspiro. Esta noche se quedarán a dormir en su casa, porque hay mucho que recoger e imagino que querrá ver a su familia. Pero ya los echo de menos.

Me avisan que han llegado y que el camión de la mudanza tardará un día más. Al día siguiente, mi padre me lleva al hospital.

Me hacen pruebas, y cuando vuelve con los resultados, en su rostro no hay una sonrisa.

—A ver, Mateo. Has recuperado cierta sensibilidad, pero la médula espinal parece sin recuperarse, al menos lo que concierne a las piernas. O al menos, a corto o medio plazo.

—¿Quieres decir que de momento no caminaré?

—No esperaba que pudieras hacer otras cosas, así que no voy a darte un tiempo, pero no será pronto. Y te diría que no procures hacer movimientos bruscos, nada de montar a caballo como me comentaste el otro día. Si lo haces, la médula puede seccionarse del todo y en ese caso… sería irrecuperable.

—Desde luego, no lo haré. Deseo volver a tener una vida lo más normal posible.

—Entonces, ten paciencia. Puede que recuperes ciertos aspectos, pero caminar es complicado. Al menos, de momento.

Nos despedimos algo desanimados. Mi padre camina a mi lado con la silla. Pone la mano sobre mi hombro.

—No tengas prisa, hijo. Tal vez cueste, pero lo conseguirás. Y si no lo haces, no será tan grave. Vivir en una silla no es la muerte.

—Lo sé, papá. Pero ya me conoces. No me voy a rendir.

—Hijo, solo quiero que sepas que aquí estaremos para lo que necesites.

—Me gustaría ir a una joyería, no voy a esperar a poder arrodillarme. Quiero pedirle matrimonio.

—¡Buena idea! —exclama emocionado. Después de comprarle un sencillo y precioso anillo, volvemos al rancho. Lo escondo en mi mesilla y salgo a comer.

Mi madre parece cansada, pero cuando le digo que voy a pedirle a Amalia que se case conmigo, se emociona.

No habíamos empezado a hacer ejercicios de recuperación, pero

la doctora ya me ha dado permiso, así que los haré con toda mi motivación. Y puede que de momento no pueda ponerme de rodillas, pero estoy más que decidido a pedirle que se case conmigo.

Me llama por teléfono cuando estoy en el porche.

—Hola, cariño. Mañana volvemos pero…

—¿Ocurre algo?

—Mi hermana Eva se ha empeñado en que quiere hablar contigo cara a cara.

—Sin problema.

—No la conoces. Vendrá también mi madre y mi tía, si no te molestan. Ellas están afectadas por… nuestra mudanza.

—Hay habitaciones de sobras, Amelia. Pero no es solo eso, ¿verdad? ¿Te… arrepientes?

—No, no. No lo hago. Solo que es extraño. Aunque estemos a unas horas, no ver a mi madre casi a diario o a mi hermana todas las semanas será duro.

—Lo entiendo, Amelia. Y si tú quieres quedarte…

—No, Mateo. Te amo y te elijo. Solo quería decírtelo.

—Gracias —digo tragando saliva emocionado.

Le cuento lo del hospital y ella me tranquiliza. Mis padres se asoman una vez que termino y les comento que viene su familia.

—Podríamos hacer una barbacoa y presentarles a tus amigos.

—No creo que sea una buena idea. Su hermana y Darius se odian a muerte. No sé qué les pasó, pero no se llevan bien.

—Pues que aprendan a llevarse. Ahora seremos familia —dice mi madre. Asiento. Es cierto. Que se comporten. Advertiré a Darius… o mejor no. Sorpresa.

Encargamos todo para la noche del día siguiente y vuelvo a dormir solo. La echo de menos.

Aviso a los amigos que se vengan para una barbacoa. Casi me

da la risa al imaginar sus caras. Incluso Darius, al que casi no le vemos el pelo últimamente, dice que va a venir.

Estoy impaciente, tal vez pueda decirle algo esa misma noche.

Al día siguiente, nos encargamos de los preparativos y, por la tarde aparece el coche de Amelia, un camión pequeño y un elegante mercedes. Salgo a recibirlos y Cris se baja del coche corriendo para abrazarme. Se sienta sobre mí y me llena de besos. Casi me emociono. Gordito sale corriendo y se pone nervioso porque no llega a darle sus besos. Cris se baja y lo achucha. Amelia se acerca, tiene el rostro cansado, pero sonríe. Me da un beso y a continuación aparece Eva. Morena, elegante y sensual. Me tiende la mano.

—Soy Eva Calderón, encantada de conocerte.

Su madre se acerca y me da un abrazo. Es una mujer muy parecida a Amelia, con el cabello blanco y una expresión amable.

—Pasad, por favor, estáis en vuestra casa.

Les presento a mis padres y Cris ya va corriendo por todo el prado. Eva alza una ceja.

—Este niño se ha vuelto un poco salvaje.

—Se lo pasa de maravilla, Eva. No seas así —riñe Amelia. Ella frunce el ceño, pero asiente.

Ella las ayuda a instalarse en la casa y se cambian mientras me quedo en el porche viendo a Cris. Amelia sale y se coloca a mi lado, bufando.

—¿Tan malo ha sido?

—Es mi hermana. Está insoportable, de verdad. No le apetecía volver. Por suerte, se quedarán solo unos días. Aunque mi madre no tiene prisa, ¿podría quedarse unos días más?

—No tienes que pedirme permiso, Amelia. Esta es tu casa. Claro que sí.

Me abraza y la siento sobre mis piernas para darle un beso como se merece. Alguien carraspea detrás.

—¿Puedo hablar contigo, Mateo? —pregunta Eva. Amelia me mira y asiento.

—Vayamos hacia los establos, el terreno está aplanado.

—Vamos.

Amelia la mira con una advertencia cosa que parece importarle poco y bajo por la rampa hasta alcanzar el sendero. Ella camina a mi lado. Paramos cerca de donde pastan los caballos.

—Mira, Mateo. No digo que este paisaje sea arrebatador y me alegro de que puedas tirarte a mi hermana. Pero, joder, ella tiene un buen trabajo, un buen lugar donde vivir y toda su familia estamos en la ciudad. Además, tendrá que cuidarte. Y que estés en una silla no es algo que me agrade, sobre todo por ti, pero comprende que ella se va a desvivir. Ya la conoces.

—¿Has terminado, Eva?

Ella me mira con los brazos en cruz.

—Sé que es una putada atarla a mí, Eva. Lo sé y a pesar de ello, tu hermana ha tenido a bien quererme y mudarse aquí. Lo nuestro era algo que debía haber sucedido en ese momento. Y ahora solo quiero recuperar ese tiempo.

—Mi hermana es muy buena, es capaz de adoptar a un perrito cuando lo ve abandonado. ¿Te has planteado que igual le das pena y por eso se queda?

—¿Por qué te jode tanto que me ame, Eva? No lo entiendo. Tengo una cuenta en el banco enorme y puedo hacerme cargo de mi futura esposa y de mi hijo. No me hacen falta piernas para hacerlo, joder.

—Lo que me jode es que es mi hermanita, que soy yo la que he estado cuidándola todo el tiempo, a ella y a mi madre. Perdimos a

mi padre, ella vino embarazada y casi pierde a Cris, y ahora…

Se gira, disgustada. Puede que… empiece a comprenderlo.

—Que tu hermana se venga a vivir aquí no significa que la pierdas, Eva. Ella debe seguir su vida, como tú la tuya.

—No puedo, Mateo. Llevo… tanto tiempo cuidándolos a todos y el trabajo…

—Lo siento por ti, Eva. A lo mejor es el momento de liberarte de tus obligaciones, de ser tú misma y vivir tu vida.

Se gira, con los ojos enrojecidos y se aleja hacia un lado. Lo siento por ella. Vuelvo despacio hacia la casa. Amelia sale a mi encuentro.

—¿Qué te ha dicho?

—Está disgustada porque… os va a echar mucho de menos, Amelia. Pero así es la vida. Imagino que siempre se ha volcado con vosotros.

—Así es. Su trabajo y nosotros, no hay otra cosa en su vida. Quizá es hora de que le dé una oportunidad al amor. Ella es brusca a veces, pero nos quiere muchísimo.

—Lo sé, amor. ¿Quién no te iba a querer? Y estoy deseando que duermas conmigo esta noche.

—Bueno, algo haremos —dice con una sonrisa—, he visto que hay algo de lío. ¿Has organizado algo?

—Una barbacoa, para celebrar vuestra vuelta.

—Ay, Dios, ¿con Darius?

—Es mi amigo. Vendrá.

—Uf, pues sabes que igual se lía, ¿verdad?

—Es mi familia como tu hermana es la tuya. Que se acostumbren.

Ella se echa a reír.

—Desde luego, va a ser una velada entretenida.

Capítulo 18

Despedida

Amelia

Despedirme de mi vida anterior ha sido un sentimiento agridulce. De momento dejaré mi piso vacío y tal vez lo alquile. No lo sé. Hemos ido al colegio de Cris para abrazar a las profesoras, también les dijimos adiós a los amables vecinos y hemos empaquetado todo. Juan se ha ido a dar una vuelta, por lo visto, hacía mucho que no venía a la ciudad.

Eva se reúne con nosotros para tomar algo. Está enfadada. Mi madre acude y mi tía, aunque se va mañana de viaje con su nuevo novio, también viene a despedirse.

—Es una decisión precipitada, Mely —dice mientras Cris elige un trozo de pastel con mi madre—, y encima vas a tener que cuidarlo.

—Eso está feo, Eva. No es justo. Me he enamorado del hombre, pueda o no caminar. Y podemos tener sexo. Eso siempre une a la pareja y a los hombres, bueno, les alivia poder ser… funcionales.

—¿Y no puedes pasar unos meses para ver qué tal te va? No sé, de repente, dejarlo todo y mudarte. Es demasiado rápido.

Abandonas todo por él.

—No te abandono, Eva. Hablaremos todos los días y puedes venir a casa cuando quieras. Estamos unas tres horas.

—¿Con ese gilipollas de amigo que tiene? No tengo ningún interés en verlo.

—¿Y a nosotros? Es decir, ¿no vendrás a vernos por no coincidir con él? ¿Te perderás ver crecer a Cris por un tío? Te estás comportando como una niña, Eva.

—Vaya, la anciana —dice enfadada. Luego, me mira y me abraza —. Lo siento, Mely. Es que pensar que te vas a ir a vivir lejos y que no te veré cada semana me pone de los nervios. De todas formas, hablaré con Mateo.

—¿De verdad? —bufo—. No tenemos que pedirte permiso ni tienes que mirar los antecedentes penales de Mateo. —Se queda callada—. ¿En serio? ¿Los has mirado?

—Deformación profesional. Y está demasiado limpio, Mely. Ni una multa. Eso no es normal.

Me echo a reír.

—O a lo mejor es un tío legal. Por favor, Eva, no me lo pongas difícil. Lo amo de verdad y me voy a ir. En ti está el seguir en contacto o no.

Ella chasquea la lengua.

—Por supuesto que sí. Perdona. Es que estoy muy estresada en el trabajo. Demasiadas complicaciones.

—Pero vendrás.

—Sí. Iré un par de días solo, necesito despejarme. Espero no ver a ese indeseable, de todas formas.

—No tienes por qué.

—Mami, ¿podemos llevar a papá tarta de esta tan rica?

—No creo que llegue en buenas condiciones, pero si son

galletas, vale.

Nos sentamos y mi madre me coge de la mano, con una sonrisa.

—Te veo tan feliz y a Cris, que, aunque te eche de menos cada día, me alegro mucho por ti.

Miro a mi hermana. Eso es lo que esperaba de ella, pero frunce el ceño. Está enfadada, pero se le pasará.

—Tengo ganas de ver el rancho, me ha dicho Cris que es muy grande.

—Mucho. Y tienen vacas y caballos. La semana que viene iremos a ver el cole de Cris, pero ya conoce a niños que van allí.

—¿Y tu trabajo? —pregunta Eva.

—Puedo teletrabajar todo el tiempo. Y tal vez visite a otras empresas de la zona, puede que encuentre nuevos clientes. Sé que Mateo tiene bastante dinero, aunque no sé en qué nivel está y poco me importa, pero me gusta mi trabajo y seguiré.

—Claro que sí. No te quedes colgada —dice Eva. Mi madre y yo nos miramos y ella suspira.

Al final, terminamos la comida en buena sintonía y después de recoger nuestras pertenencias y algunos muebles, pocos, nos dormimos. Juan está contento, ha hecho algunas compras. Al día siguiente nos volvemos hacia el que será nuestro futuro hogar. Cris canturrea alegre con mi madre y Juan. Eva conduce sola, quizá todavía está enfadada.

Y yo… yo estoy emocionada y muy enamorada.

Capítulo 19

Saltan chispas

Mateo

Empiezan a venir los más cercanos, entre los que están mis tíos, Juan, algún otro mozo del rancho y familias y por supuesto, mis amigos. Noah y Juli llegan los primeros y se abrazan con Amelia emocionados porque se quede.

Después llega Logan, solo y Darius. Me giro para buscar a Eva, pero no la encuentro. Otro coche aparca y sale Bianca con el dueño de la fábrica de conservas. Es un hombre atractivo, quizá algo mayor que ella. Ellos vienen a saludarme y Adam me da la mano con afecto. Es un buen tío.

Viene Amelia a saludarlos y, mientras hablamos, Logan se acerca. Los mira. Observa a Bianca, empalidece y se da media vuelta. Amelia mira a Bianca y sonríen. Algo traman, aunque no sé muy bien qué.

Darius se acerca con grandes zancadas y se enfrenta a mi chica.

—¿En serio? ¿Ha venido tu hermana? Yo me largo.

—¿Tan inmaduro eres que no sabes comportarte en sociedad? —

pregunta Amelia. Él aprieta los puños y se va por una cerveza. Cuando giramos hacia las mesas, se acerca Eva.

—¿Has invitado a ese indeseable?

—Es uno de mis mejores amigos, Eva. No creo que tú tengas que objetar algo.

—Sabiendo que no me llevo bien…

—Eva, igual que tú eres mi hermana, para Mateo es como si fuera su hermano. Compórtate.

—Sé comportarme, no hace falta que me digas nada.

Se gira para marcharse. Amelia me mira.

—Estos dos la van a liar.

—Mira, cariño, son dos adultos y no sé por qué se odian tanto, pero ya es hora de que cambie eso. Igual esta fiesta sirve para que se reconcilien.

—No conoces a mi hermana, es escorpio de signo del zodiaco y según dicen, no perdona nunca. Nunca supe qué les pasó.

—Darius es aries, muy temperamental y con mecha corta.

—No sabía que te gustaba leer el horóscopo.

—Bueno, estos días he leído de todo, hasta eso. Tú eres una maravillosa y dulce piscis y yo soy un cabezota tauro. Por eso sé que acabaré caminando.

—Iremos despacio. Total, ya estamos aquí y no nos vamos a ir a ninguna parte. Así que solo disfrutaremos.

—Pero necesito que duermas conmigo, Amelia. Cada noche.

—¿Y quién te ha dicho que no lo iba a hacer? Debemos comprobar que todo va bien.

Me echo a reír y tiro de ella para agacharla y darle un beso profundo. Dios, me iría ahora mismo a la habitación, pero alguien carraspea.

—Que tengo una mujer embarazada y se muere de hambre. Por

si podéis dejar eso para luego.

—Claro, vamos.

Amelia camina sonrojada a mi lado y llegamos a la zona de las mesas. Cris anda jugando con un par de niños y una niña y Gordito, los demás charlan entre risas y me encanta verlos así. Carraspeo y se vuelven hacia mí. Tomo de la mano a Amelia.

—Queridos amigos. Os agradezco que hayáis venido a compartir un tiempo familiar, y a celebrar que mi hijo y su madre se quedan a vivir con nosotros.

Noah y Juli aplauden y los demás se unen. Levanto la mano para calmarlos.

—Tener amigos y una familia que te quiera es muy importante para mí. Y cuando te ocurren cosas malas o peores, es cuando te das cuenta de quién te aprecia de verdad. De quién te ama y se queda contigo.

Aprieto la mano de Amelia, que está llorando y meto la otra mano en mi bolsillo, para sacar la cajita con el anillo, que abro. Ella se lleva las manos a la cara.

—Te dije que no pararía hasta ponerme de rodillas y pedirte que te casaras conmigo. No puedo de momento, pero no voy a esperar más para hacerte mi esposa, si tú quieres.

—Sí, quiero, Mateo. Sí quiero —dice ella temblando. Le pongo el anillo y todos gritan y aplauden. Ella se agacha para besarme. Cris viene corriendo y nos abraza, llorando.

Todos van pasando a darnos la enhorabuena y cuando llega Eva, Darius se pone a su lado.

—¿Tú lo sabías? —pregunta a su hermana.

—No, pero si no me lo pedía, se lo hubiera pedido yo —dice mi chica valiente.

—Os haré un precontrato matrimonial.

—¿Acaso crees que mi hermana se casa por su dinero? —dice Eva enfrentándose a él.

—Nunca está de más —sonríe irónico Darius.

—Id a discutir lejos —dice Noah al ver la cara de disgusto de Amelia.

Se los lleva a empujones, veo que Eva se marcha para un lado y Darius para otro. Ambos suspiramos.

—De momento no sé si se llevarán bien —dice Amelia. La cojo y la siento en mis piernas.

—Lo que me importa es llevarme bien contigo, amor, en las familias siempre hay quien se odia.

—Enhorabuena, tortolitos —dice Logan con una cerveza en la mano—, espero que no sea contagioso. Paso de estas cosas.

Amelia me mira y le hago un gesto.

—Voy a ver cómo va la barbacoa.

Se marcha y le indico a Logan que me acompañe a buscar una cerveza. Él lo hace mirando de reojo a Bianca que habla con mi primo. Su acompañante la coge de la cintura.

—No sabía que Bianca salía con Adam.

—Ni yo. Me parece un gilipollas —masculla Logan.

—No, qué va, es buen tío. Sale poco, y trabaja mucho por lo que he oído.

—¿Ya lo sabías?

—No, para nada. Ha sido una sorpresa. Alcánzame una sin alcohol, por favor.

Él lo hace y vamos bajo unos árboles, donde se puede ver todo. Él se sienta en un banco, mirando fijamente al frente.

—¿Qué te pasa, tío? ¿Han ido mal los viajes? Apenas te hemos visto el pelo.

—No, han ido muy bien. Tengo tantas reservas que alquilaré otro

avión y contrataré a un piloto. No es eso. Pero no pasa nada. Es tu día. Te vas a casar.

—Sí. Es algo… que ni siquiera yo me imaginaba. Andaba tan perdido en mi vida que hasta que no llegó Amelia no lo supe. Todo encajó, ¿sabes?, como en un puzle.

—Me alegro de verdad y siento haber sido un imbécil con ella. Darius me dijo que probablemente venía por tu dinero, pero joder, se ha comportado como una luchadora. Tendrías que haberla visto correr cuando te dieron la coz. Gritaba que eras su marido y se hubiera peleado con cualquiera si no la hubieran dejado pasar.

Asiento, emocionado.

—Esa es mi chica. Joder, no sé si me voy a poder recuperar, Logan. Estar sentado en una silla para toda la vida, y, a la vez, si están ellos, no me importa.

—Te entiendo. ¿De qué sirve amasar dinero si no tienes con quién compartirlo?

Mira a Bianca de reojo y empiezo a comprender.

—Si tanto te gusta, ¿por qué no se lo has dicho?

Da un respingo y me mira mal.

—Porque es mi amiga y no quiero joder ni la amistad ni el negocio. Imagínate que nos liamos y después nos separamos. ¿Qué podría hacer sin ella? Se ha convertido en alguien imprescindible para mí, Tex.

—Y te la han birlado en tus narices.

—Así es. A tomar por el culo. Se casará, tendrá hijos y me mandará a la mierda.

—No deben de llevar mucho tiempo saliendo, Logan. Si estás enamorado de Bianca, como parece, tal vez puedas hacer algo.

—Paso. Hay muchos coños en el mundo. Tengo que probarlos todos.

—Estás siendo cínico y gilipollas, siempre usas esa parte insoportable de ti cuando hay algo que te disgusta.

Me mira enfadado y luego se concentra en la botella.

—Puede que tengas razón. Me voy a pasear un rato, para aclararme las ideas.

Se marcha y le doy un trago a la cerveza sin alcohol. Al poco, llega Darius, despeinado y con la camisa medio abierta, le falta un botón. Se sienta a mi lado con una cerveza. Vaya, esto parece un confesionario.

—¿Te has dado de hostias? —pregunto y él me mira confuso. Luego, se arregla la camisa.

—No. No ha pasado nada. Nada de nada.

—Lo que tú digas.

Mi madre toca la campana y me pongo la cerveza en un gracioso artilugio que me ha puesto mi padre en la silla. Vamos hacia allá y veo a Eva salir de detrás de unos árboles, con la coleta torcida. Darius la mira. Yo miro a Darius. Aguanto una sonrisa.

Nos ponemos a comer en una gran mesa. Amelia está a mi lado, mis padres al otro, Cris en una mesa aparte con los niños, riéndose a carcajadas, mis amigos, cerca, unos más serios que otros, pero sé que acabarán arreglándose.

La vida a veces no es justa, pero el universo compensa.

Aprieto la mano de Amelia, que me mira y me da un beso.

—Me encanta el anillo, pero más me encanta que no hayas esperado más a pedírmelo. Iba en serio lo que dije que te lo pediría yo.

Me echo a reír. —Esta noche me gustaría verte con el anillo puesto, y solo con él.

—¿Sin nada de ropa?

—Sin nada de ropa.

Se sonroja ligeramente y asiente. Mi mujer bonita, valiente y sensual. No puedo pedir nada más.

¿Y la siguiente novela?

Tormenta en el cielo

con Logan como protagonista.

Sinopsis:

Nunca mezcles amistad y deseo… si no estás dispuesto a perderlo todo.

Logan Blake vive bajo una regla muy simple: no enamorarse. Expiloto de combate, dueño de una aerolínea privada y uno de los hombres más codiciados de Texas, siempre ha tenido el control. En el aire. En los negocios. En la cama.

Hasta que Bianca vuelve a su vida… y deja de ser solo su mejor amiga.

Bianca Reyes lleva años luchando por salir adelante. Se marchó de Dusty Creek buscando algo mejor, se equivocó de hombre… y pagó el precio. Volvió al pueblo para empezar de cero, pero cuando un incendio arrasa su cafetería, lo pierde todo.

Todo… excepto a Logan.

Aceptar su ayuda es lo último que quiere.

Trabajar para él, un error.

Vivir bajo el mismo techo… una locura.

Porque Logan nunca ha creído en el amor.

Y Bianca ya no está dispuesta a ser la chica a la que nunca

eligen.

Lo que empieza como una solución desesperada se convierte en un juego peligroso: amistad que se rompe, deseo imposible de ignorar, límites que se cruzan una noche… y cambian todo.

Friends to lovers. Proximidad forzada. Él no cree en el amor. Ella no acepta menos.

Pero cuando el pasado regresa y los sentimientos dejan de ser opcionales, ambos tendrán que enfrentarse a la única verdad que nunca quisieron admitir:

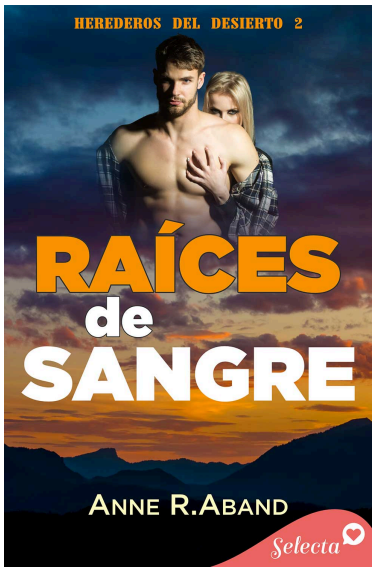
Que perderse el uno al otro… siempre fue el mayor riesgo.

¿Qué ocurre cuando la persona que siempre ha sido tu hogar… se convierte en la única que puede romperte el corazón?

Ella vuelve con un hijo que él no sabía que tenía.

Él siempre creyó que no estaba hecho para ser padre.

Lo que los une ahora… puede cambiarlo todo.



Amelia Vega regresa a Dusty Creek después de cinco años para cumplir una promesa silenciosa: que su hijo Ben conozca al padre que nunca ha visto. El problema es que ese padre es **Mateo Navarro, dueño del rancho más influyente del estado**, un hombre reservado, orgulloso y con fama de no creer en la familia… ni en el amor.

Aquel vaquero con el que Amelia compartió una noche inolvidable bajo las estrellas desapareció antes del amanecer, sin saber que había dejado algo más que un recuerdo. Ahora, cuando Amelia se presenta en el rancho sin previo aviso, el mundo cuidadosamente ordenado de Mateo se derrumba.

Ella no exige nada. Solo respuestas. Pero **reencontrarse implica despertar una pasión que nunca se apagó**, enfrentarse a verdades que duelen y asumir una paternidad que Mateo jamás imaginó… **aunque tal vez sea exactamente lo que su corazón roto necesitaba**.

Anne Aband es autora de más de ochenta novelas de romántica en varios subgéneros, y fantasía romántica. Ha ganado varios premios literarios y en este momento se dedica cien por cien a escribir.

Le encanta leer, pasear por la naturaleza, abrazar árboles y tomar té por litros.

Sus libros son adictivos, cortos, al grano. No se entretiene en descripciones y sí en profundizar en los sentimientos y en las emociones de los personajes. Si el libro lo requiere, con mucha acción.

Encuéntrala en su web www.anneaband.com (para la romantasy), www.anneraband.com (para las románticas) o en redes sociales como Instagram donde se siente como pez en el agua: @anneaband_escritora

Y si te apetece escribirle, siempre contesta. Este es su correo: info@anneaband.com



Edición en formato digital: julio de 2026

© 2026, Anne R. Aband
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-78-4

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Raíces de sangre
Capítulo 1. Roto
Capítulo 2. Volver al pasado
Capítulo 3. Fantasmas del ayer
Capítulo 4. Y de repente, ahí está
Capítulo 5. Demasiadas dudas
Capítulo 6. La verdad
Capítulo 7. ¿Lo eres?
Capítulo 8. Jamás te olvidé
Capítulo 9. Mirando las estrellas
Capítulo 10. Las vacas
Capítulo 11. Momentos de arrepentirse
Capítulo 12. Visita por la ciudad
Capítulo 13. Si ella supiera…
Capítulo 14. Fiesta antes del rodeo
Capítulo 15. ¿Un error?
Capítulo 16. Caballos salvajes
Capítulo 17. De vuelta
Capítulo 18. Despedida

Capítulo 19. Saltan chispas
Sobre este libro
Sobre Anne R. Aband
Créditos